

Diana Palmer

Rosas de invierno

Stuart York era un atractivo ranchero que no tenía pelos en la lengua; e Ivy Conley, la mejor amiga de su hermana pequeña, lo sabía por propia experiencia. Una noche Ivy había acabado en sus brazos y la pasión había estallado. Pero, convencido de que Ivy era demasiado joven, Stuart se había apartado de ella, cerrándole su corazón. Ahora, años después, Ivy no pensaba permitir que volvieran a tratarla como a una chiquilla. A pesar de que seguía siendo inocente, sabía que debía luchar sus propias batallas aunque, por alguna razón, Stuart se empeñaba en librarlas por ella y protegerla de todo mal… Entre sus brazos se sentía a salvo… y sabía que era sólo suya



Diana Palmer

Rosas de invierno

Jazmín - 2209

Hombres de Texas - 35

ePub r1.0

Capítulo 1

Ivy iba a llegar tarde a clase. Rachel era la única persona, salvo su mejor amiga, que tenía el número de su móvil y la llamaba precisamente cuando iba a entrar a la segunda clase del día. La discusión podría haber esperado hasta la noche, pero su hermana mayor nunca pensaba en la conveniencia de nadie. Salvo en la suya propia, naturalmente.

—Rachel, llego tarde a clase —le suplicó Ivy, apartándose un mechón de pelo rubio de la cara—. ¡Y tengo un examen!

—Me da igual lo que tengas —replicó su hermana—. Escúchame, quiero ese cheque en cuanto consigas que te lo dé la compañía de seguros. Yo tengo que pagar montones de facturas y tú me hablas de tus clases... ¡Es tirar el dinero! La tía Hettie no debería haberte dejado su cuenta de ahorros —añadió, enfadada—. Debería habérmela dejado a mí. Soy la mayor.

Lo era... y se había llevado todo lo que había podido, cualquier cosa que pudiera vender o empeñar. Mientras que ella apenas tenía suficiente para pagar el entierro de su padre. Había sido una suerte que tía Hettie le hubiese dejado algo de dinero... quizá porque había intuido que no iba a recibir un céntimo.

Su padre había muerto quince días antes de una apoplejía y, desde entonces, Rachel no dejaba de llamar para ver si el abogado había terminado de verificar el testamento. La casa y todo lo demás serían para ella. Ivy no recibiría nada. Ni siquiera tenía ya un sitio en el que vivir porque Rachel había convencido a su padre para que cambiase el testamento y se lo dejase todo a ella.

Ivy lo había cuidado mientras estaba enfermo y, sin embargo, todo sería para su hermana mayor, Rachel, la que había conseguido todos los caprichos, la que había heredado las joyas... que había

empeñado inmediatamente. A Ivy le había tocado limpiar la casa, arreglar el jardín y cocinar para los tres.

Las pocas veces que un chico iba a buscarla se quedaba inmediatamente cautivado por Rachel, que disfrutaba robándole los novios a su hermana pequeña, y mucho menos atractiva, para dejarlos plantados dos días después.

Cuando decidió irse a Nueva York para perseguir el sueño de ser actriz, su padre hipotecó la casa para pagarle un apartamento. Y eso significaba gastar menos... y nada de ropa nueva para Ivy. Ella intentó protestar por el desigual trato pero, según su padre, estaba celosa. Y Rachel necesitaba más porque, a pesar de ser una chica guapísima, sufría serios problemas emocionales.

Traducción: a Rachel no le importaba nadie que no fuera ella misma.

Pero había convencido a su padre de que lo adoraba mintiéndole sobre Ivy, incluso acusándola de escaparse de casa por las noches para encontrarse con hombres y de robar en el garaje en el que trabajaba dos tardes a la semana llevando las cuentas. Ninguna protesta había servido para convencerlo de que ella era una persona honrada que ni siquiera atraía a los hombres. Nunca podía conservar a ningún novio una vez que conocían a Rachel.

—Si consigo un título en Administración y Contabilidad, tendré una forma de ganarme la vida —replicó Ivy.

—Podrías casarte con un hombre rico... si encontrases a uno ciego —concedió Rachel, riéndose de su propia bromita—. Aunque no entiendo cómo esperas encontrar uno en Jacobsville, Texas.

—No estoy buscando marido. Estoy estudiando en la Escuela de Formación Superior de Jacobsville —le recordó Ivy.

—Sí, ya lo sé. Menudo futuro te espera —Rachel hizo una pausa para tomar un trago de algo—. Yo tengo dos audiciones mañana. Una es para el papel de la protagonista de una obra de teatro en Broadway y Jerry dice que me lo van a dar.

Tiene influencia con el director.

Ivy no solía ser sarcástica, pero su hermana empezaba a ponerla de los nervios.

—Pensé que no quería que trabajases.

Al otro lado de la línea hubo una pausa.

—Jerry sólo quiere que me quede en casa para cuidar de mí...

—Te da pastillas y te hace pagarlas a ti, además —la interrumpió Ivy.

No añadió que seguramente la usaba para atraer clientes. Jerry la llevaba de fiesta en fiesta, como gancho. Rachel hablaba de ser actriz, pero cuando estaba drogada era incapaz de recordar las líneas de una obra de teatro. Además, bebía en exceso, como su novio.

—Jerry cuida de mí. Conoce a todo el mundo en Broadway y ha prometido presentarme al productor de una comedia. Voy a tener éxito en el teatro o a morir en el intento —replicó su hermana—. Y si vamos a discutir lo mejor será que no sigamos hablando.

—No estoy discutiendo...

—¡Siempre te estás metiendo con Jerry! Ivy se sentía como al borde de un precipicio.

—¿Se te ha olvidado lo que me hizo? —le preguntó, recordando la última visita de Rachel con el insufrible Jerry a su lado.

Su padre acababa de morir y ella había ido a Jacobsville para firmar el certificado de defunción. Fue un momento muy desagradable, con Ivy llorando sola por un padre que nunca la había querido mientras su hermana fingía sollozar durante el servicio religioso. Pero tenía los ojos secos. Era una mentira, como todo en ella.

—¡Lo que tú dices que te hizo! —gritó Rachel—. Jerry jura que él nunca te ha dado drogas.

—¡Yo no mentiría sobre algo así! Me dolía la cabeza y él me cambió las pastillas por un narcótico. Cuando me di cuenta de lo que intentaba hacer se las tiré a la cara.

¡Creyó que estaba demasiado enferma como para darme cuenta y pensó que era gracioso convertirme en una adicta como tú!

—¿Una adicta? ¿Qué tonterías dices? Todo el mundo toma drogas. Incluso la gente de ese pueblucho en el que vives. ¿Cómo crees que las conseguía antes de venirme a Nueva York? Siempre había alguien vendiéndolas y yo sabía dónde encontrar lo que necesitaba. Eres tan ingenua, Ivy...

—Pero mi cerebro sigue funcionando —la interrumpió ella.

—Cuidado con lo que dices, guapa —le espetó Rachel, furiosa—, o no te llevarás nada del testamento de papá.

—No te preocupes, no espero ni un céntimo —dijo Ivy entonces

—. Sé que convenciste a papá de que yo era una mala persona para que no me dejase nada en su testamento.

—¡Tú tienes el dinero que te dejó la tía Hettie! —repitió Rachel —. Aunque debería habérmelo dejado a mí. Yo me lo merecía después de haber tenido que malvivir tantos años en ese pueblucho.

—Rachel, si consiguieras lo que te mereces estarías en la cárcel —replicó Ivy en un momento de valentía.

Su hermana soltó una palabrota.

—Tengo que colgar. Jerry ha vuelto. Mira, habla con ese abogado y entérate de por qué tarda tanto. No puedo seguir gastando dinero en teléfono.

—Tú no pagas la factura. Normalmente llamas a cobro revertido —le recordó Ivy.

—Date prisa y envíame el cheque —insistió Rachel, como si no la hubiera oído—.

Y no esperes que vuelva a llamarte hasta que estés dispuesta a hablar como una adulta y no como una niña mimada y celosa.

Luego colgó, sin decir una palabra más.

Ivy guardó el móvil en el bolso con un gesto de resignación. Rachel nunca creería que Jerry, su príncipe azul, no era más que un vulgar traficante de drogas que la tenía prisionera gracias a su adicción. Había intentado convencerla para que cambiase de vida, pero no había servido de nada. Nunca se habían llevado bien, pero desde que conoció a Jerry y se enganchó a la cocaína no parecía capaz de razonar. De niñas, aunque Rachel siempre había sido difícil, parecía sentir cierto afecto por ella...

pero eso cambió cuando empezaron a ir al instituto. Algo había pasado, Ivy no sabía qué, que la puso en su contra y la convirtió en una enemiga. Y el alcohol y las drogas no ayudaron nada.

En realidad, había sido un alivio cuando su hermana se había marchado a Nueva York. Aunque, aparentemente, podía seguir causando problemas a distancia.

Ivy corrió por el pasillo para llegar a su clase. No quería pasarse la vida trabajando para otros pero tampoco quería ir a Nueva York y terminar siendo la criada de Rachel, como lo había sido antes de que se fuera de Jacobsville. Dejar que su hermana se quedase con la herencia sería la solución a sus problemas. Cualquier cosa sería mejor que tener que vivir con ella otra vez; incluso tener que

soportar al hermano de Merrie York, Stuart, para seguir teniendo una amiga.

Era viernes y, mientras volvía a casa con Lita Dawson, profesora de Informática en la Escuela y compañera en la pensión desde que se divorció, Ivy se sentía un poco mejor. Había aprobado el examen de Literatura, estaba segura. Pero las clases de Mecanografía le estaban bajando la nota. No podía teclear más que cincuenta palabras por minuto. Cualquiera de sus compañeros tecleando con dos dedos escribía más rápido que ella.

Había tenido que irse de su casa porque ni siquiera podía pagar la factura de la luz. Además, Rachel la había puesto en venta en cuanto el abogado que estaba verificando el testamento le dio el visto bueno. Como Ivy, que aún no había cumplido los diecinueve años, no tenía edad suficiente para encargarse de asuntos legales, Rachel había convencido al abogado de que lo mejor sería que su hermana se alojase en una «casa para señoritas».

Luego volvió a Nueva York, dejando a Ivy con la pequeña cantidad de dinero que había heredado de su tía Hettie y un trabajo a tiempo parcial como contable en un garaje para pagar su habitación y la matrícula en la Escuela. Ni siquiera le había preguntado si tenía dinero para sobrevivir.

Merrie quería que Stuart, su hermano mayor, la ayudase a reclamar su parte del testamento, pero Ivy había rechazado la oferta. Prefería vivir en una caja de cartón que dejar que Stuart se hiciera cargo de su vida. No quería decirle a su mejor amiga

que su hermano le daba pánico. Merrie le habría preguntado por qué. Y había secretos en el pasado de Ivy que no compartía con nadie.

—Voy a ver a mi padre este fin de semana —dijo Lita—. ¿Y tú?

—No sé si Merrie se acordará, pero habíamos quedado en ir de tiendas —suspiró Ivy—. Quiero ver algo con lo que pueda soñar durante un par de días.

—Algún día aparecerá un chico estupendo y te tratará como tú mereces que te traten, ya lo verás.

Ella sabía que eso no iba a pasar, pero sonrió de todas formas. No le apetecía nada tener un hombre en su vida. Estaba harta de vivir con miedo.

En cuanto entró en la pensión echó un vistazo para ver si la

señora Brown estaba en casa. No, su casera debía de haber salido a la compra. Era su ritual de los viernes porque, durante los fines de semana, cenaban las tres juntas… comida casera, afortunadamente. Lita y ella hacían turnos en la cocina para ayudar a la señora Brown, que ya era mayor.

Ivy acababa de dejar el bolso sobre la cama cuando volvió a sonar su móvil.

—¡Es viernes! —oyó una alegre voz al otro lado. Era Merrie York, su mejor amiga del instituto.

—Ya me he dado cuenta —sonrió Ivy—. ¿Qué tal los exámenes?

—Seguro que he aprobado algo, pero no sé qué. Dentro de poco tengo el examen final de Biología y el laboratorio me está matando. ¡No me funciona el microscopio!

—Estudias para ser enfermera, no para ser ayudante de laboratorio —le recordó Ivy.

—Ven aquí y dile eso a mi profesor —la retó Merrie—. Bueno, da igual. Aprobaré aunque tenga que examinarme de esta asignatura tres años seguidos.

—Así se habla.

—¿Por qué no vienes a pasar el fin de semana conmigo?

—Muchas gracias, pero tengo cosas que hacer.

—Está en Oklahoma vendiendo un montón de cabezas de ganado —dijo Merrie entonces. Ni siquiera tenía que decir a quién se refería.

Ivy vaciló.

—¿Puedes poner eso por escrito?

—En el fondo le caes bien, mujer.

—¿Ah, sí? Pues lo disimula estupendamente. Te quiero mucho, Merrie, pero no me gusta que se metan conmigo. Rachel y yo acabamos de discutir…

—¿A larga distancia?

—Ya sabes.

—Sobre sir Lancelot, el traficante.

—Te puedes imaginar.

Merrie soltó una carcajada.

—Sí, os conozco desde el instituto.

—Sí, la debutante y el chicazo. Menuda pareja.

—Ya no eres un chicazo —protestó su amiga.

—Una se conforma con lo que tiene. ¿Por qué quieres que vaya a tu casa este fin de semana?

—Por razones egoístas —contestó Merrie—. Necesito una compañera para estudiar y la gente de mi clase tiene una vida social.

—Y yo no la tengo, claro —suspiró ella con resignación—. Porque quiero sacar buenas notas y conseguir un trabajo en el que, al menos, me paguen el salario mínimo.

—Tus padres te dejaron una cuenta de ahorro y algunas acciones.

Eso era cierto, pero Rachel se lo había llevado todo.

—Y los tuyos te dejaron a Stuart —dijo Ivy, irónica.

—¡No me lo recuerdes!

—En realidad, es al revés. Fue a Stuart a quien tus padres le dejaron una niña.

—En realidad, es un hermano estupendo —dijo Merrie entonces —. Y le gustan la mayoría de las mujeres...

—Todas menos yo. La verdad, no podría soportar un fin de semana con Stuart ahora mismo. Entre mi hermana y los exámenes tengo más que suficiente.

—¡Pero si tú eres un genio en Matemáticas, Ivy! —le recordó su amiga—. Ni siquiera tienes que estudiar.

—No, qué va. Hago cuentas durante unas horas después de clase y por eso la gente me considera lista. Pero no es verdad.

Merrie soltó una carcajada.

—Ven a mi casa, Ivy. La señora Rhodes va a hacer rollitos de queso para cenar y luego podemos ver la película que queramos porque tengo el cine en casa, podemos comprar las películas desde aquí.

Ivy empezaba a flaquear. Su estómago se rebelaba al pensar en pizza, tacos o pollo frito.

—La verdad, una comida casera no me vendría nada mal.

—Si le digo a la señora Rhodes que vienes, seguro que hace pastel de cerezas.

—Entonces ya está. Voy a guardar un camisón en la bolsa de viaje y te veo en media hora... o en cuanto pueda tomar un taxi.

—Yo podría ir a buscarte.

—No, los taxis son baratos. Y tampoco soy tan pobre —dijo Ivy,

aunque prácticamente lo era. El dinero del taxi tendría que salir del que guardaba para tomar algún refresco durante la semana. Pero su orgullo no le permitía aceptar la oferta.

—Muy bien. Entonces, le diré a Jack que te abra la verja.

Era un sutil, en absoluto arrogante, recordatorio de que pertenecían a distintos estratos de la sociedad. Merrie vivía en un rancho; ella, en una pensión. La casa de Merrie era una mansión de ladrillo visto con verja de hierro forjado. Había un guardia en la puerta, Jack, kilómetros de cerca electrificada y dos doberman asesinos que campaban a sus anchas por la propiedad durante la noche. Y si, a pesar de todo eso, algún loco intentaba robar allí, estaban los peones del rancho, la mitad de los cuales había pasado por el ejército. Stuart era muy particular con la gente que trabajaba para él porque su casa contenía antigüedades y cuadros de gran valor.

Además, era el propietario de cuatro sementales de la raza Angus cuyo semen valía una barbaridad y se vendía en todo el mundo.

—¿Debo llevar armadura o Chayce me reconocerá?

Chayce McLeod era el jefe de seguridad de los York y un maestro controlando y dirigiendo peones. Pero casi nadie en Jacobsville sabía que era también un ex agente federal. Y muy guapo, además, aunque Ivy estaba inmunizada.

El rancho de Stuart y Merrie, las ocho mil hectáreas de terreno, sólo era una parte del imperio de los York, que se extendía por tres estados e incluía inmobiliarias, empresas de inversiones, almacenes y una compañía que fabricaba maquinaria para ranchos. Stuart y Merrie eran millonarios, pero ninguno de los dos llevaba una gran vida social. Stuart trabajaba en el rancho día y noche, como lo había hecho su padre hasta que murió de un ataque al corazón cuando Merrie tenía trece años. Stuart tenía treinta y Merrie, como Ivy, dieciocho a punto de cumplir los diecinueve. No había más parientes. La madre había muerto cuando Merrie nació.

Su amiga suspiró después de una larga pausa.

—Claro que te reconocerá, tonta. Ivy, no vas a empezar otra vez con eso de las clases sociales, ¿verdad?

—Mi padre era mecánico —le recordó ella— y mi madre, secretaria. Así que...

—Mi abuelo era un jugador que tuvo un golpe de suerte —la interrumpió Merrie

—. Seguramente sería un pirata. La leyenda familiar dice que fue detenido por tráfico de armas cuando tenía sesenta años. De ahí nos viene el dinero. Pero ya sabes que mis padres nos enseñaron ética profesional. No estamos todo el día sentados tomando el sol y haciendo comentarios irónicos sobre la clase trabajadora. Y ahora, cállate y ven para acá.

Ivy soltó una carcajada.

—Muy bien. Te veo enseguida.

—Ésa es mi chica.

Ni Merrie ni Stuart podrían ser acusados de malgastar la fortuna familiar. Cuando no estaba trabajando, Stuart estaba en algún consejo de administración, en reuniones con legisladores o dando clases sobre el desarrollo de la industria cárnica. Tenía un título por la Universidad de Yale y hablaba inglés y español. Y, además, era el hombre más guapo que Ivy había visto nunca. Pero, en defensa propia, tenía que hacer un esfuerzo para fingir que no se daba cuenta. Stuart prefería a las rubias altas y guapísimas, preferiblemente ricas, además. Y no quería saber nada del matrimonio.

Las mujeres iban y venían. No se quedaba con ninguna más de seis meses.

Pero Ivy no era guapa, ni alta, ni rica. Vivía en un mundo tan diferente al de Stuart y Merrie que, a veces, se sentía intimidada. Ella no podría distinguir un depósito a diez años de un bono del Tesoro y jamás había viajado a un lugar exótico. No escuchaba música clásica, ni conducía un coche de lujo, ni compraba ropa de diseño.

Vivía una vida modesta, trabajando y estudiando mucho para labrarse un futuro.

Merrie estudiaba Enfermería en San Antonio, se alojaba en un colegio mayor y tenía un Mercedes. Sólo se veían cuando volvía a casa algún fin de semana... y la echaba de menos.

Por eso había decidido aceptar la invitación. Merrie no le mentiría sobre su hermano... aunque Stuart aparecía frecuentemente de forma inesperada.

A Stuart York no le caía bien. Había ido al instituto con Rachel y

pensaba que Ivy acabaría siendo como ella. Lo cual demostraba que no la conocía de nada.

Jack, el guarda de la puerta, la reconoció y le hizo un gesto al taxista para que siguiera adelante. Un obstáculo que había pasado con éxito, pensó.

Merrie, que estaba esperándola en la puerta de la mansión, bajó los escalones corriendo y la abrazó en cuanto salió del taxi.

Ivy era de estatura mediana, delgada, con el pelo liso y los ojos verdes. Merrie, que se parecía mucho a su hermano, era altísima y tenía el pelo oscuro y los ojos muy claros.

—Cuánto me alegro de que hayas venido. Esta casa es demasiado grande para dos personas y un ama de llaves —suspiró su amiga.

—Algún día os casaréis y la llenaréis de niños —sonrió Ivy.

—En el caso de Stuart, no lo creo. ¿Dónde está tu bolsa de viaje?

—En el maletero...

Antes de que Ivy pudiera sacar el monedero, Merrie ya había pagado al taxista.

—No discutas. Ya sabes que no vale de nada.

—Gracias, pero...

—Pero tú tienes tres dólares para toda la semana y te quedarías sin comer algún día por mi culpa —la interrumpió Merrie—. Si estuvieras en mi lugar, harías lo mismo.

—Merrie, sabes que no me gusta que hagas eso.

—Mira, un día, cuando seas la rica propietaria de una firma contable y conduzcas un Rolls me devuelves el dinero, ¿de acuerdo?

—Ningún contable se ha hecho rico nunca, que yo sepa. Y ninguno tiene un Rolls.

Pero te lo devolveré.

—Los amigos ayudan a los amigos —sonrió Merrie, sin darle ninguna importancia—. Venga, vamos dentro.

La casa era enorme, realmente enorme. Lo único que separaba a los ricos de la gente normal era el espacio que tenían a su disposición, pensó Ivy. Con dinero se podía tener una cocina enorme y un cuarto de baño del tamaño de un garaje. Y también una finca y un sitio para plantar flores y árboles y un estanque con peces...

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó Merrie mientras subían

la escalera.

—Espacio —murmuró Ivy.

—¿El espacio sideral?

—No, el espacio personal. Estaba pensando que el espacio del que uno dispone depende del dinero que se tenga en el banco. A mí me encantaría tener metros y metros de espacio. Y un estanque con peces.

—Puedes darles de comer a mis peces de colores cuando quieras —sugirió su amiga.

Ivy no contestó. Estaba fijándose, no por primera vez, en cuánto se parecía Merrie a su hermano. Los dos eran altos, de pelo negro. El de Merrie era largo mientras que

Stuart lo llevaba muy corto. Sus ojos, de un azul pálido, podían parecer de hielo cuando estaban enfadados. Aunque Merrie no tenía tan mal carácter como su hermano. Ivy había visto a hombres esconderse en un establo cuando pasaba Stuart York. Y los ojos de hielo no eran la única indicación de su mal humor. Su manera de caminar también. Normalmente se movía como un atleta, pero cuando estaba enfadado su paso era más lento. Cuanto más lento era su caminar, más furioso estaba.

Ivy había aprendido a fijarse en la velocidad a la que caminaba el hermano de Merrie para apartarse de su camino. Un día memorable, cuando perdió una vaca por culpa de un coyote, arguyó una jaqueca para no cenar con él. Porque Stuart tenía la mala costumbre de ser sarcástico cuando estaba enfadado.

Merrie la llevó a una habitación contigua a la suya y esperó mientras Ivy abría su bolsa de viaje y sacaba un par de vaqueros y una camiseta blanca.

—¿No has traído camisón?

—¡Anda! Es que estaba tan enfadada por lo de Rachel que se me olvidó.

—No pasa nada, yo puedo prestarte uno. Te quedará largo, pero no importa —dijo su amiga mientras bajaban al salón—. Supongo que Rachel te llamó porque quería dinero.

—Como siempre.

—Sigo sin poder creer que vaya a quedarse con todo.

—Ya sabes que convenció a mi padre de que yo no merecía nada.

—¡Le contó un montón de mentiras!

—Pero él la creyó. Rachel podía ser muy dulce cuando quería algo. Mi padre bebía... —Ivy no terminó la frase.

—Sé que bebía, Ivy. Stuart hizo que lo investigaran.

—¿Qué?

Merrie se mordió los labios.

—No puedo decirte por qué, así que no me preguntes. Pero creo que la experiencia le abrió los ojos.

Ivy se preguntó cuánta información habría conseguido el detective sobre la vida privada de la familia Conley.

—Sólo sé que bebía —aclaró Merrie, al ver la torturada expresión de su amiga—.

Nadie ha tenido la infancia perfecta de las películas, mujer. Mi padre quería que Stuart criase caballos de carreras porque era algo que él nunca había podido hacer.

Intentó obligarlo, pero nadie puede obligar a mi hermano a hacer nada. Ni siquiera mi padre.

—¿No se parecían mucho?

—No. Bueno, en algunas cosas sí. Cuando mi padre estaba de mal humor siempre nos costaba perder a algún peón. Stuart nos costó el mejor que teníamos la semana pasada.

—¿Y eso?

—Hizo un comentario que no le gustó cuando Stuart se estampó con el Jaguar en el granero.

Capítulo 2

Ivy no podía disimular su sorpresa. El hermano de Merrie era una de las personas más serias que conocía. Nunca perdía la cabeza.

—¿Stuart se estampó con el Jaguar en el granero? —repitió—. ¿Con el nuevo Jaguar?

Merrie hizo una mueca.

—Me temo que sí. Estaba hablando por el móvil...

—¿De qué?

—Uno de los gerentes de la subasta de Jacobsville mezcló los números y vendió las vacas purasangre, todas preñadas de Big Blue, por el precio de terneras de dos años.

Big Blue era un semental de la raza Angus. Y valía más que un Jaguar.

—Pues ése es un error muy caro —comentó Ivy.

—Y no sólo para nosotros —dijo Merrie, irónica—. Stuart se llevó a la subasta todos los trailers de ganado que teníamos en el rancho y se trajo de vuelta a las vacas y los toros que quedaban. Luego los envió a otro almacén en Oklahoma por tren. Por eso está allí. Dice que va a poner el precio con rotulador en el lomo de cada una de las vacas.

Ivy sonrió. Sabía que Stuart York no haría tal cosa.

—Qué bruto.

—La subasta local nunca volverá a ser lo mismo. Stuart les ha dicho que volverá a mandar allí su ganado cuando las ranas críen pelo.

—Tu hermano no es una persona que perdone fácilmente.

La otra chica asintió.

—Mi padre esperaba que siguiera sus pasos y se convirtiera en un deportista profesional. Él nunca consiguió pasar de la categoría

de semiprofesionales, pero estaba seguro de que Stuart sería una estrella. Lo hizo jugar al fútbol antes de que empezase a ir al colegio… pero mi hermano lo odiaba —recordó Merrie con tristeza —. Se perdía los entrenamientos siempre que podía y mi padre le pegaba con un cinturón. A los trece años, harto de tener el cuerpo lleno de moratones, le dijo que iba a dedicarse al rodeo y que, si volvía a pegarle con el cinturón, llamaría al comisario Dallas Carson para que lo metiese en la cárcel. Hace veinte años era muy raro que alguien fuese detenido por pegar a sus hijos, pero Dallas lo habría hecho porque quería a Stuart como si fuera su hijo.

Ivy tardó un minuto en contestar. Ella sabía más sobre castigos corporales de lo que pensaba admitir, incluso ante Merrie.

—¿Y qué dijo tu padre?

—No dijo nada. Metió a Stuart en el coche y lo llevó al entrenamiento. Cinco minutos después, mi hermano se marchó haciendo autostop al rodeo de Jacobsville y pidió prestado un caballo para la competición júnior. Su mejor amigo, Martin, y él quedaron los segundos. Pero cuando apareció en casa con el trofeo, mi padre lo destrozó con un atizador de la chimenea. Nunca volvió a pegarle, pero desde entonces lo trataba muy mal. Las cosas sólo se calmaron cuando Stuart se marchó a la universidad.

Involuntariamente, los ojos de Ivy fueron hacia el retrato de Jake York que colgaba sobre la chimenea. Como Stuart, había sido muy alto y fibroso, pero en sus ojos azules había un brillo de crueldad. Una tía de los chicos había cuidado de Merrie hasta que empezó a ir al colegio, pero Jake y ella discutían a menudo sobre cómo trataba a sus hijos y, al final, la mujer decidió marcharse. Después de eso, la ternura y el cariño desaparecieron por completo de la casa de los York. Su taciturno padre era incapaz de mostrar afecto y el desafío de Stuart lo volvió más despiadado.

—Pero él construyó este rancho —dijo Ivy—. Supongo que le gustaría el ganado.

—Sí. Pero el fútbol era toda su vida —suspiró Merrie—. Te habrás dado cuenta de que en casa nunca vemos partidos. Stuart apaga la televisión en cuanto ponen uno.

—Y lo entiendo.

—Mi padre llevaba el rancho y las demás empresas entre partido y partido. Murió de un infarto cuando yo tenía trece años, sentado

en un consejo de administración.

Había tenido una violenta pelea con uno de los consejeros sobre una propuesta de ampliación que habría puesto a la empresa al borde de la quiebra. Era un jugador, Stuart no lo es. Él nunca discute en los consejos de administración —Merrie arrugó el ceño —. Bueno, una vez lo hizo. Insistían en que contratase un avión privado para ir a las reuniones…

—¿Por qué?

Su amiga soltó una carcajada.

—Para que no fuese conduciendo. ¿Te he comentado que éste es su segundo Jaguar en seis meses?

—¿Qué le pasó al otro?

—Tráfico lento.

—¿Eh?

—Stuart tenía prisa y había un señor mayor conduciendo una caravana a cuarenta kilómetros por hora. Mi hermano intentó pasarlo y casi lo consiguió, pero el comisario Hayes Carson iba en dirección contraria en su coche patrulla.

—¿Y qué pasó?

—Mi hermano logró adelantar a la caravana, pero Hayes no quiso dejarlo ir así como así. Le quitó el permiso de conducir y le dijo que la única manera de recuperarlo era volviendo a la autoescuela y haciendo servicios comunitarios.

—¿Y qué hizo Stuart?

Merrie se encogió de hombros.

—Fue a la autoescuela dos veces y luego apareció en la comisaría y le enseñó a Hayes Carson cómo llevar el departamento para que operase de forma más efectiva.

—¿Hayes se lo había pedido?

—No. Pero, según Stuart, reorganizar el caos de la comisaría era un servicio comunitario. Hayes, que no estaba de acuerdo, fue a hablar con el juez Meacham. Él le devolvió su permiso de conducir.

—Pero entonces… si no tuvo un accidente con el Jaguar…

—Sí lo tuvo. Mientras estaba discutiendo con Hayes en el arcén, un camión de ganado, uno de los nuestros, además, tomó la curva demasiado deprisa y envió al Jaguar a un barranco.

Ivy soltó una carcajada.

—Supongo que el conductor ya no trabaja para vosotros.

—Sí, pero no como conductor —contestó Merrie, riendo—. Considerando lo que pasó, fue una suerte que nadie resultase herido. El Jaguar es un coche muy duro, pero un camión de ganado... en fin, desastre total.

—Me parece que no quiero aprender a conducir —comentó Ivy —. Es más seguro no estar en la carretera si tu hermano anda cerca.

—Desde luego. Oye, ¿seguro que quieres dedicarte a la contabilidad? —le preguntó Merrie de repente.

—¿Por qué dices eso?

—Estaba pensando en el instituto. Entonces querías ser cantante de ópera.

—Sí, claro, pero eso es como querer ser astronauta —sonrió Ivy —. Aunque tuviese dinero para irme a estudiar a Nueva York, no quiero marcharme de Jacobsville y eso limita mis opciones. Además, cantar en el coro de la iglesia me da la oportunidad de hacer lo que más me gusta.

Merrie asintió con la cabeza.

—Lo que deberías hacer es casarte y tener niños. Y enseñarles a cantar. Siempre se te han dado muy bien los niños.

—Qué buena idea —bromeó Ivy—. ¿Por qué no buscas diez o doce hombres solteros y yo elijo al que más me guste?

Su amiga soltó una carcajada.

—Si pudiéramos hacerlo así, yo misma me casaría. Pero sólo con un hombre que no le tuviese miedo a Stuart. Eso sí que son opciones limitadas.

—Hayes Carson no le tiene miedo —señaló Ivy—. Podrías casarte con él.

—Hayes no quiere casarse. Dice que quiere una vida sin «complicaciones emocionales».

—Será gallina...

—No, qué va. Lo que pasa es que no cree en el matrimonio. Sus padres se peleaban mucho, por lo visto. Su hermano pequeño, Bobby, que no pudo soportarlo, empezó a tomar drogas... y murió de una sobredosis. Tuvo que afectarle perder a su único hermano de esa manera.

—Sí, supongo que sí. Pero puede que algún día se enamore.

—Y mi hermano también —suspiró Merrie—. Aunque no pienso apostar dinero.

—El amor es imprevisible.

—El amor es una reacción química —dijo su amiga, la estudiante de Enfermería—.

No es nada más que una respuesta física a un estímulo sensorial diseñado para animarnos a replicar nuestros genes.

—¡Aggg, que asco!

—Es verdad, pregúntale a mi profesor de Anatomía —se defendió ella.

—No, gracias. Prefiero mi propia visión.

—Ivy, ¿qué estás comiendo? —pregunto Merrie entonces.

—Una galleta.

—Es una galleta de chocolate. Sabes que te duele la cabeza cuando tomas chocolate.

—Sólo es una —se defendió Ivy.

—Pero estás estresada por la discusión con tu hermana. Por no mencionar la reciente muerte de tu padre. Siempre hay más de una causa para una migraña. Stuart también las tiene, pero a él se las provocan el queso curado y el vino tinto.

Ivy recordó el terrible ataque que Stuart había sufrido después de firmar un complicado acuerdo comercial. Fue Ivy quien sugirió que fuese al médico. Él no sabía que esos dolores de cabeza fueran migrañas y mucho menos que existiera medicación para ellas. Pero Ivy las había sufrido toda su vida. Su madre y el padre de su madre, también. Las migrañas eran patologías familiares. Aunque Merrie no las tenía, su padre sí. Y también uno de sus tíos.

—El médico le dio una medicación preventiva —comentó su amiga.

—Yo no puedo tomarla. Tengo un defecto en el corazón y esa medicación provoca arritmia.

—Espero que hayas traído tus pastillas.

Ivy miró la galleta de chocolate y volvió a dejarla en la bandeja.

—Se me han olvidado.

En realidad, no podía pagarlas. Había un remedio que vendían sin receta y era más barato... eso era lo que tomaba últimamente, pero no hacía el mismo efecto.

—Me parece que Stuart tiene esas mismas pastillas —dijo Merrie entonces—. Si te despiertas en medio de la noche gritando de dolor, puedes tomar una. Pero quizá cuando hayáis terminado con lo del

testamento de tu padre y Rachel te deje en paz...

Ivy negó con la cabeza.

—Rachel no me dejará en paz hasta que se lo haya llevado todo. Convenció a mi padre de que yo era una desvergonzada y él me borró del testamento.

—Pero tu padre sabía que no era verdad —protestó Merrie.

—No, no lo sabía.

Ni había intentado averiguarlo. Bebía en exceso y Rachel lo animaba a hacerlo.

Cuando estaba borracho le contaba mentiras sobre ella y las mentiras tenían terribles repercusiones. Eso divertía a Rachel, que odiaba a su hermana pequeña.

Pero Ivy decidió dejar de recordar el pasado y se obligó a sí misma a sonreír.

—Si Rachel se lo lleva todo y no vuelve de Nueva York, merecerá la pena. Aún tendré el dinero que me dejó mi tía Hettie. Con eso y con lo que gano en mi trabajo, puedo pagarme los estudios.

—Es tan injusto... —se lamentó su amiga—, A mí no me ha pasado eso, afortunadamente. Mi padre le dejó el setenta por ciento de todo a mi hermano, pero

Stuart decidió que cada uno se llevaría la mitad. Sé que no te cae bien, pero es un buen chico.

Sí, seguramente lo fuera. Pero Stuart enfadado era aterrador para una chica que había pasado toda su vida huyendo de la violencia machista. Y era algo más que miedo, debía admitir. Stuart York la hacía sentir rara cuando estaba a su lado. La ponía nerviosa.

—Es bueno contigo —concedió.

—Y tú le caes bien. No, en serio. Admira que trabajes para pagarte los estudios y que seas tan seria. Se puso furioso cuando Rachel te quitó la casa y te dejó en la calle.

Incluso habló con un abogado, pero no pudo hacer nada porque así lo había establecido tu padre en el testamento.

Ivy miró a su amiga, atónita. Le sorprendía que Stuart York hubiera hecho eso por ella. Siempre parecía molesto cuando la veía en su casa... la toleraba porque era la mejor amiga de Merrie, pero nunca se mostraba simpático con ella. De hecho, se marchaba cuando sabía que Ivy iba a ir a visitar a Merrie.

—Seguramente tendrá miedo de mi encanto fatal —bromeó—. Aunque no sé muy bien lo que significa eso.

—Ni yo. Si lo supiera, seguramente tendría novio —rió Merrie —. Pero no pienso tenerlo por ahora, quiero terminar mis estudios antes que nada. Mientras tanto, coqueteo por ahí... Hay un chico guapísimo en el hospital en el que hacemos prácticas y salimos juntos de vez en cuando —le confesó—. ¿Algún novio secreto en tu vida?

Ivy negó con la cabeza.

—Yo no pienso casarme.

—¿Por qué no?

—Nadie podría vivir conmigo. Ronco. Merrie soltó una carcajada. —Eso no es verdad.

—De todas maneras, yo soy como tú. Sólo quiero terminar los estudios y buscar un buen trabajo. La verdad es que sueño con tener dinero.

—Sí, ya me imagino —sonrió Merrie, comprensiva. —En muchos sentidos, he vivido una vida muy solitaria... mi padre no quería perderme, así que prácticamente echaba a los chicos que iban a buscarme a casa. Yo le venía muy bien porque hacía de criada, claro. Después de todo, Rachel no sabía cocinar nada y nunca lavaba los platos ni fregaba los suelos.

Su amiga sabía que era verdad. La habían utilizado las personas que más deberían haberla querido. No solía preguntar, pero se daba cuenta de que Ivy evitaba hablar de su padre.

—Tienes muchos secretos, ¿verdad? —Merrie levantó una mano cuando Ivy iba a protestar—. No pienso preguntar nada, pero si algún día quieres contarme algo, aquí estoy.

—Lo sé —sonrió ella—. Gracias.

—Bueno, ¿qué tal si vemos una buena película? Estaba pensando en ésa de ciencia-ficción de la que habla todo el mundo...

—Ah, yo también quería verla, pero no es divertido ir al cine sola.

—Voy a decirle a la señora Rhodes que nos haga unas palomitas. De hecho, a lo mejor quiere ver la película con nosotras. La pobre tampoco tiene vida social.

—Está casada, ¿no?

—Lo estuvo. Se casó con un ingeniero del ejército que se marchó

al extranjero… y no volvió. No tenían hijos, pero estuvieron juntos durante más de veinte años —

Merrie hizo una mueca—. El marido ganaba un buen sueldo, así que ella nunca había trabajado fuera de casa. Pero cuando murió, el dinero de la pensión no era suficiente… Vino aquí para trabajar temporalmente y, al final, se quedó.

—Es muy agradable.

—Es una persona muy cariñosa —asintió su amiga—. Incluso con Stuart. Nadie más se atreve a serlo.

Ivy, que no pensaba comentar nada al respecto, se limitó a asentir con la cabeza.

Ivy estaba mirando la guía de televisión en la pantalla cuando Merrie entró en el salón con una mujer bajita y regordeta de pelo gris.

—Hola, señora Rhodes —la saludó.

—Encantada de volver a verte, cielo. ¿Qué película vais a ver?

—Queríamos ver una de ciencia-ficción —contestó Merrie—. La última de Tom Cruise.

—Ah, es buenísima —respondió la señora Rhodes, sorprendiéndolas a las dos—.

La vi en el cine, pero me encantaría volver a verla… si no os importa tener compañía.

—No, claro que no. Encantadas —sonrió Ivy.

—Entonces voy a meter unas palomitas en el microondas.

—Y yo voy a comprar la película —dijo Merrie, quitándole a Ivy el mando de las manos—. Esta es la única tarea mecánica que se me da bien… apretar botones.

La película era estupenda, pero antes de que terminase Ivy estaba viendo lucecitas de colores. Poco después dejó de ver por un ojo; en el centro había una mancha negra, el aviso que aparecía antes de una de sus migrañas.

No le dijo una palabra a Merrie. Se aguantaría. Lo había hecho antes. Si lograba dormirse antes de que el dolor fuera insoportable, podría descansar un par de horas.

—Lo siento, pero tengo que irme a la cama —suspiró, en cuanto la película hubo terminado—. Tengo mucho sueño.

—A mí también me vendría bien acostarme temprano. Señora Rhodes, ¿le importaría cerrar la puerta?

—Claro que no, cariño. ¿Alguien necesita algo de la cocina?

—¿Podría darme una botella de agua? —preguntó Ivy—. Siempre tengo una en la mesilla.

—Te la subo enseguida —prometió la señora Rhodes—. ¿Merrie?

—No, gracias. Tengo refrescos en la neverita de arriba. Y ya bebo suficiente agua entre clase y clase.

—Tienes que prestarme un camisón —le recordó Ivy.

—Ah, sí. Vamos.

Merrie saco un precioso camisón con bata a juego del armario. Era de gasa, en un tono limón muy pálido, la cosa más bonita que Ivy había visto nunca. Sus camisones eran de algodón barato comprados en las rebajas.

—Pero debe de ser carísimo —protestó.

—No, es un regalo y lo odio —dijo Merrie—. Ya sabes que no me gusta el color amarillo. Una de mis compañeras de clase me lo regaló las Navidades pasadas y no tuve corazón para decirle que odiaba el color.

—Pero es precioso...

—A ti te quedará precioso. Venga, vete a la cama y mañana no te levantes temprano.

—Yo nunca puedo levantarme después de la siete, por mucho que lo intente —

sonrió Ivy—. Solía levantarme temprano para hacerle el desayuno a mi padre y a Rachel.

—La señora Rhodes nos hará el desayuno a la hora que sea. Que duermas bien.

—Tú también.

Ivy entró en su dormitorio. Sólo había un baño entre su cuarto y el de Stuart, pero no le preocupaba. Stuart estaba fuera y tendría el baño para ella sólita. Y

probablemente lo necesitaría si seguía doliéndole la cabeza porque, normalmente, el dolor la hacía vomitar.

Con el camisón puesto, se miró al espejo. Y se quedó atónita. Sus pechos eran pequeños, pero altos y firmes, y aquella prenda destacaba su perfección.

Caía desde el pecho hasta los pies de una manera tan elegante... Parecía un vestido de noche. Nunca se había puesto algo que le sentara tan bien.

Con su largo pelo rubio, sus ojos verdes y su complexión pálida parecía un hada.

No era guapa, pero tampoco era fea. Tenía una bonita boca y los ojos grandes.

Aunque en aquel momento sólo viera por uno.

Entonces oyó un golpecito en la puerta. Cuando la abrió, la señora Rhodes estaba al otro lado con una botella de agua mineral.

—Estás muy pálida. ¿Te encuentras bien?

Ivy suspiró.

—Ha sido la galleta de chocolate. Me duele la cabeza, pero no quiero decírselo a Merrie. No se preocupe, se me pasará.

La señora Rhodes no parecía muy convencida.

—¿Has tomado algo?

—Llevo aspirinas en el bolso.

—Stuart tiene unas pastillas para los dolores de cabeza. Vete a dormir y llámame si necesitas algo. Estoy al final del pasillo.

—Lo haré. Muchas gracias.

Ivy se dejó caer sobre la cama. Aquella habitación era un palacio comparada con la suya en la pensión. Incluso el baño era más grande que toda su habitación. Aunque Merrie daba aquel lujo por descontado, Ivy no. Le fascinaba.

Pero el dolor de cabeza era insoportable. Siempre empezaba por un ojo y era como si le estuvieran metiendo un cuchillo en la pupila. Lo llamaban «el golpetazo» porque muchas personas se daban de golpes contra la pared intentando escapar del dolor. Ivy dejó escapar un gemido mientras se ponía una mano en el ojo que se le había quedado ciego.

Comparar las migrañas con un sencillo dolor de cabeza era como comparar un huracán con una brisa de verano. Algunas personas no consultaban al médico, creyendo que eran simples dolores de cabeza, y otras iban a Urgencias suplicando que les dieran algo para calmar el dolor. Pero muy pocos analgésicos eran capaces de paliarlo. Lo único que Ivy podía hacer era rezar para quedarse dormida. Y no tuvo suerte.

Alrededor de la medianoche el dolor le hizo sentir náuseas y, después de vomitar, se pasó una toalla húmeda por la cara. Pero cuando las náuseas desaparecieron el dolor era insufrible.

Tendría que pedir ayuda a la señora Rhodes, pensó. Ivy abrió la

puerta del baño, medio cegada por el dolor y, de repente, se chocó con un hombre alto y fuerte que no llevaba más que unos pantalones de pijama. Unos ojos azules se clavaron en los suyos cuando levantó la cabeza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le espetó Stuart York.

Capítulo 3

Ivy no lo había visto en varios meses, no se movían en los mismos círculos y él no solía estar en casa cuando iba a visitar a Merrie. Y verlo así, de esa forma tan inesperada. La dejo muda.

Stuart York raramente sonreía y no lo estaba haciendo en aquel momento, su boca de labios generosos y sensuales, era una línea firme. Ivy no podía apartar los ojos de él. Tenía el torso ancho, musculoso, cubierto de un vello oscuro que llegaba hasta su ombligo. El pantalón del pijama, de seda negra, parecía colgar de sus estrechas caderas. Era tan sexy como un actor de cine. Incluso despeinado y con los ojos rojos de cansancio, era el sueño de cualquier mujer.

—Yo… estaba buscando una cosa —dijo Ivy, cortada.

—¿A mí? —replicó él, burlón, agarrándola del brazo—. Rachel me hablo de ti antes de irse de Jacobsville. Al principio no me lo creía, pero… —Stuart la miro de arriba abajo—. Parece que decía la verdad.

A Ivy empezaron a temblarle las rodillas. La miraba de una manera tan extraña…

Durante todo esos años había hecho un esfuerzo para no pensar en Stuart, pero teniéndolo tan cerca su corazón se había puesto a mil por hora. Experimentaba sensaciones extrañas, sensaciones que le eran ajenas y le hacían desear cosas que no entendía. No podía apartar los ojos de él... aunque sólo podía verlo a medias. Le dolía tanto la cabeza que no podía pensar.

Lo cual fue muy desafortunado porque Stuart, malinterpretando su actitud, la apoyó contra la pared, mirándole descaradamente los pechos.

—Es que necesito... —empezó a decir Ivy, intentando

concentrarse lo suficiente para pedirle una aspirina, algo que le quitase el dolor.

—¿A mí? —sonrió él. Su voz era profunda y ronca—. Dime qué necesitas, cariño.

Mientras Ivy estaba intentando entender ese comentario, Stuart puso los labios sobre los suyos. Ella se quedó muy quieta, asustada. Nunca había hecho algo así con un hombre. Debería protestar, pero el beso era tan erótico...

Sólo la habían besado un par de veces en su vida, en alguna fiesta, y nunca un chico que supiera algo sobre sexo. Era una suerte que nunca se hubiera sentido

atraída por un hombre que no aceptase límites. Pero, aparentemente, la suerte la había abandonado con Stuart. Porque él sí sabía lo que estaba haciendo mientras mordía suavemente su labio inferior, retándola a abrirse para él.

Ivy sintió un escalofrío en el bajo vientre, algo que no le había pasado nunca. Sin pensar, enterró los dedos en la masa de vello oscuro de su torso y sintió que sus labios se abrían como por voluntad propia.

Stuart tomó el gesto por una invitación... y la aceptó. Pero cuando se apretó contra ella, Ivy sintió algo duro bajo el pantalón del pijama y el cosquilleo se convirtió en pánico. Asustada por tal ardor, lo empujó, intentando apartarse.

Él, sin embargo, no quería parar. No podía evitarlo. Ivy sabía a gloria y no podía pensar en otra cosa que en tenerla en su cama. Pero, por fin, la violenta resistencia atravesó la niebla de su cerebro y, cuando levantó la cabeza, vio un brillo de miedo en los ojos verdes.

Entonces empezó a dudar de lo que Rachel le había contado sobre su hermana. Si aquél era el «comportamiento permisivo» del que hablaba, Ivy no habría tenido muchos novios. —Por favor... no.

¿Promiscua, aquella cría? Cuando su cabeza empezó a aclararse, Stuart se enfadó consigo mismo. Había perdido el control. Se había portado como un cavernícola. Su deseo por aquella cría de dieciocho años lo había traicionado... ¡Dieciocho años!

La rabia, la vergüenza y el sentimiento de culpa le abrumaron mientras se apartaba de ella; tenía los ojos brillantes cuando miró el revelador camisón. A pesar de todo, seguía deseándola

desesperadamente.

—¿Qué esperas si vas a buscar a un hombre por la noche… medio desnuda?

Temblando, Ivy se cruzó de brazos. Y luego se llevó una mano al ojo izquierdo.

Mientras la besaba se había olvidado de la migraña por un momento, pero había vuelto. Y peor que antes. El dolor que se clavaba en su ojo como un atizador al rojo vivo era más fuerte que la rabia y que la vergüenza.

—¿Qué te pasa?

—Migraña —contestó Ivy— Estaba buscando una aspirina.

—Aspirina para la migraña —repitió él, desdeñoso, tomándola en brazos para llevarla a su habitación—. Necesitarás algo más fuerte que una aspirina para calmar el dolor, pero antes hay que llamar al médico —Stuart la dejó sobre la cama y se acercó a la cómoda para buscar su móvil.

—Es la doctora Lou Coltrain.

—Ya lo sé… ¿Lou? Siento molestarte tan tarde. Ivy Conley está pasando el fin de semana con Merrie y tiene migraña. ¿Puede tomar lo que me recetaste a mí?

Hubo una pausa, durante la cual Stuart intentó no mirarla como hubiese querido.

Era una chica muy guapa, pero su edad le torturaba. Era demasiado joven. Él tenía treinta años, ella dieciocho. No se atrevía a tocarla otra vez. Y, para mantener las distancias, tendría que ser grosero. No quería serlo, pero Ivy ya empezaba a mirarlo de otra manera.

—Muy bien… sí. Le diré que vaya a la clínica mañana si no se encuentra mejor.

Gracias, Lou —Stuart cerró el móvil y volvió a dejarlo sobre la cómoda—. Puedes tomar la mitad de la dosis que tomo yo —dijo luego, sacando un frasco de pastillas del cajón.

—¿Te importaría dejar de mirarme así? —le espetó Ivy.

—Tú no eres la única que siente dolor. Tómatela. Después, Stuart la tomó de la mano para llevarla a su habitación.

—No sabía que estuvieras en casa —se defendió ella—, Merrie me prometió que no estarías. No esperaba encontrarme contigo.

—Lo mismo digo. Mi hermana tiene buena memoria cuando le

conviene.

¿Merrie sabía que Stuart iba a volver de Oklahoma ese fin de semana? No, imposible, su amiga no le mentiría sobre algo así.

—Gracias por la pastilla.

—De nada. Vete a dormir.

Ivy se metió en la cama, pero hizo una mueca de dolor al apoyar la cabeza en la almohada.

—Y no te inventes una novela romántica por lo que ha pasado. La mayoría de los hombres son vulnerables por la noche, cuando la tentación aparece vestida de ese modo.

—Yo no sabía...

—Te creo. Pero tu hermana me contó un montón de mentiras sobre ti. ¿Por qué?

—¿Y por qué has hablado tú con ella? Cuando ibais al instituto decías que no la soportabas.

—Me llamó cuando tu padre murió.

—Ah, ya —Ivy cerró los ojos—. Rachel no quería que te pusieras de mi lado mientras estaban verificando el testamento. Debería haberle dicho que eso no iba a pasar.

—Pensó que le pedirías ayuda a Merrie.

—Ella lo habría hecho, no yo. Yo me defiendo solita.

—Sí —asintió Stuart—. Y lo haces muy bien.

El halago le sorprendió. Se preguntó entonces qué habría pasado si no lo hubiera empujado... y se puso colorada hasta las orejas.

—No hagas eso. No pienso ser el objeto de deseo de una adolescente —le advirtió Stuart, como si hubiera leído sus pensamientos.

Pero su tono no era hostil, todo lo contrario. Parecía divertido.

—¿Estás seguro? —sonrió Ivy—. Porque tengo que ensayar con alguien. Podría caer en manos de un mal hombre y convertirme en una oveja perdida. Y sería culpa tuya por no dejar que me obsesionara contigo.

Al principio Stuart pensó que estaba siendo sarcástica. Pero luego vio un brillo en sus ojos verdes...

—Eres demasiado joven para obsesionarte con un hombre maduro. Busca un chico de tu edad.

—Ése es el problema. Los chicos de mi edad son eso, chicos.

—Todos los hombres empiezan siendo eso.

—Sí, ya me imagino —asintió Ivy, dejando escapar un gemido —. ¿Podrías darme un martillazo en la cabeza? A lo mejor así deja de dolerme.

—La pastilla tarda un poco en hacer efecto. ¿Quieres un paño húmedo?

—Me moriría antes que pedirte que fueses a buscarlo.

Riendo, Stuart fue al cuarto de baño y volvió un minuto después con una toalla mojada que puso sobre sus ojos.

—¿Mejor?

—Sí, gracias.

—Yo tengo que ponerme algo caliente. No soporto el frío cuando me duele la cabeza.

—Me acuerdo.

—¿Has comido chocolate?

Ivy hizo una mueca. Stuart York sabía demasiadas cosas sobre ella.

—Una galleta. Pero no me di cuenta de que era de chocolate hasta que ya me la había comido. Merrie me advirtió.

—Yo puedo zamparme tres chocolatinas y no me pasa nada.

—Porque el chocolate no despierta tus migrañas. Pero tu hermana me ha dicho que no puedes beber vino tinto.

—Lo dejé hace años. El vino se puede sustituir por un buen whisky.

—Y tampoco puedes tomar queso curado.

Stuart hizo una mueca.

—Sí, es verdad. Me encanta el queso Stilton, pero no puedo comerlo.

—Ah, una debilidad. Pensé que no tenías ninguna.

—Te sorprenderías —replicó él, mirándola con una expresión que Ivy no pudo ver porque, afortunadamente, tenía los ojos cerrados.

La puerta se abrió de repente.

—¿Esto qué es, una fiesta de pijamas? —exclamó Merrie.

—Sí, pero tú no estás invitada. Es sólo para pacientes con migraña y tú no la tienes

—contestó su hermano.

Merrie cerró la puerta y se acercó a la cama.

—Me lo temía. Debería haberme dado cuenta de que había

galletas de chocolate en la bandeja...

—Es ella quien debería haberse fijado —la interrumpió Stuart.

—Vaya, hablando de intolerancia —murmuró Ivy—. Seguro que a ti no te regaña nadie por comer lo que no debes. Lo tirarías por la ventana.

—Muy bien, puedes tirarme por la ventana si quieres.

—No seas bobo. No podría levantarte.

—¿Necesitas una aspirina, Ivy? —preguntó Merrie.

—Ya le he dado una pastilla —dijo su hermano.

—No puedes darle pastillas a nadie sin antes consultar con un médico...

—Me alegro de que conozcas el procedimiento —la interrumpió Stuart—.

Tranquila, he llamado a su médico. Y espero que la pastilla empiece a hacerle efecto enseguida.

Así era. Ivy apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Tengo mucho sueño...

—Cuando despiertes estarás bien del todo.

—Gracias.

—De nada. Yo sé algo sobre migrañas —sonrió Stuart.

—Porque ella te enseñó algo sobre ir al médico —le recordó Merrie, irónica.

Su hermano no contestó. Estaba mirando a Ivy mientras se quedaba dormida. Se alegraba de que estuviera tapada hasta la barbilla; de ese modo no podía ver aquel cuerpo perfecto... cuyo recuerdo lo mantendría despierto toda la noche.

—¿Cuándo has vuelto de Oklahoma? —le preguntó Merrie en voz baja.

—Hace un par de horas. No puedo creer que metieran la pata en la subasta de Jacobsville...

—Es la primera vez que pasa.

—Un error así puede costamos muy caro —le recordó Stuart—, Y en estos momentos hasta nosotros debemos tener cuidado. Perder la franquicia japonesa nos ha hecho mucho daño.

—Más daño les ha hecho a los Hart y a los Dunn. Habían invertido mucho dinero.

—Lo recuperarán enseguida si son listos. Cuando la gente entienda que los productos orgánicos son más sanos, todos

ganaremos dinero.

—Nuestro ganado se vende muy bien en los mercados locales.

—Y mucho mejor aún en grandes mercados —replicó Stuart—. ¿Qué tal las clases?

—Bien. Estoy aprobando todo. En dos años estaré trabajando en un hospital.

—Podrías volver a casa y dedicarte a labores benéficas —le recordó Stuart.

—No, yo no estoy hecha para ese tipo de vida. Y tú tampoco.

—Sí, es verdad. Que duermas bien, Merrie.

—¿Vas a quedarte en casa este fin de semana?

—¿Tienes una armadura por alguna parte?

—Podrías hacer un esfuerzo para llevarte bien con ella durante un par de días.

—Sólo si a mí me tapas los ojos y a ella le tapas la boca.

—¿Perdona?

—Nada, era una broma. Tengo que ir a Denver mañana para dar una conferencia en un seminario de agricultura.

Merrie hizo una mueca.

—No vuelvas a casa con un ojo morado esta vez, ¿eh?

—Estoy haciendo de abogado del diablo. No podemos ponérselo demasiado fácil a los que quieren combinar células animales y vegetales y llamarlo «progreso».

—Muy bien, ve a pegarte con ellos si quieres. Ivy y yo veremos una película sobre Marte.

—¿Marte?

—A Ivy le encanta ese planeta.

—Pues me encantaría enviarla allí —replicó Stuart, pensativo—. Podríamos atarla a un cohete...

—Cállate, es mi mejor amiga.

—Las cosas que hago por ti —suspiró su hermano—. Muy bien, entonces la enviaremos a la Luna, que está más cerca.

—Acaba de perder a su padre, su casa y pronto perderá también su herencia —

dijo Merrie, muy seria—. Podría estrangular a Rachel.

También Stuart podría haber estrangulado a Rachel por las mentiras que le había contado sobre su hermana. Debería haber imaginado que eran eso, mentiras. Ivy nunca había sido coqueta

con los hombres...

Sí, ella debía de estar en lo cierto: su hermana no quería que interfiriese en la verificación del testamento. Pobre Ivy. Si fuera por Rachel, nunca tendría un céntimo.

—Estás muy serio —observó Merrie.

—Ivy debería haberse quedado con la casa por lo menos.

—No podría haber vivido allí aunque la hubiese heredado. No tiene dinero para pagar las facturas. La verdad es que apenas tiene para pagar sus estudios.

—Nosotros podríamos ayudarla...

—No, es muy orgullosa. No acepta ayuda de nadie.

—Pero el dinero que le dejó su tía Hettie no es suficiente —murmuró Stuart, pensativo—. Yo conozco a uno de los mecánicos para los que trabaja... está casado y le encanta tontear con las chicas.

—Sí, le pidió a Ivy que saliera con él.

—¿Y?

—Ella, de forma accidental, dejó caer un martillo sobre su pie —contestó Merrie—.

El tipo estuvo cojeando una semana, pero no volvió a molestarla.

Stuart tuvo que sonreír. Si fuese mayor... pero tenía que recordar su edad.

—Rachel la llamó hoy para pedirle que presionase al abogado que está verificando el testamento. Sospecho que es por eso por lo que tiene migraña.

—Tiene que aprender a enfrentarse con su hermana.

—Ivy no es así. La quiere a pesar de lo mal que se ha portado siempre con ella.

Además no tiene otros parientes. Yo creo que se siente sola.

—Pues tiene que hacerse más dura —Stuart se estiró perezosamente—. Me voy a la cama. Probablemente no la veré antes de irme, así que despídeme de ella.

—¿Cuándo volverás?

—El lunes. Puedes llamarme al móvil si ocurre algo.

—Chayce lleva el rancho estupendamente, no creo que pase nada —sonrió Merrie

—. Que lo pases bien.

—Entre pelea y pelea, seguro.

Stuart volvió a su habitación y cerró la puerta. Tenía que olvidarse de Ivy. Lo que había pasado esa noche no podía volver a pasar.

Recordó entonces el informe que le había enviado el detective privado sobre su padre. Conley había sido un alcohólico violento sólo con su mujer y con Ivy, nunca con Rachel. No pensaba decirle lo que había averiguado, pero recordaba haberla visto asustada cuando le gritó a uno de sus peones... y no había que ser un genio para sumar dos y dos. Lo mejor sería matar esa atracción antes de que se convirtiera en un problema, pensó. Ivy Conley era demasiado joven para él.

El resto del fin de semana transcurrió sin incidentes. Además de estudiar, Ivy y Merrie vieron películas y compartieron sueños para el futuro. Y el lunes por la mañana, Merrie la dejó en la Escuela.

—Te llamaré la próxima vez que vuelva a casa —le prometió—. No dejes que Rachel te vuelva loca, ¿eh?

—Lo intentaré —sonrió Ivy—. Lo he pasado muy bien. Gracias.

—Nos vemos.

—Yo también lo he pasado muy bien. ¡Nos vemos!

Ivy estuvo toda la semana soñando despierta. Cuanto más recordaba el tórrido interludio con Stuart, más cuenta se daba de que aquél había sido un momento importante en su vida. Durante todos aquellos años de amistad con Merrie, su hermano había estado cerca, pero distante. Por la diferencia de edad no salían juntos.

Stuart ya era un hombre maduro cuando ellas estaban en el instituto.

Pero ahora, después de esos besos hambrientos, todo parecía haber cambiado entre ellos. Y, aunque quisiera evitarlo, Ivy empezaba a soñar. Stuart tenía que sentir algo por ella, aunque sólo fuera deseo. La había deseado, desde luego. Y ella también. Aquel momento había sido un hito en su vida.

Pero durante el fin de semana, en el supermercado, se fijó en una de esas revistas escandalosas. Y allí, en la portada, estaba Stuart con una chica preciosa a su lado que lo miraba con cara de adoración. El pie de foto decía: *Millonario texano dona terrenos a fundación histórica.*

Aparentemente, la chica de la foto era la hija del presidente de la fundación en cuestión. El artículo hablaba de una posible unión entre ambas familias, pero ambos decían que los rumores eran prematuros.

El corazón de Ivy se rompió. Ese artículo no había sido publicado por accidente.

Stuart quería dejarle claro que no la tomaba en serio y había encontrado una manera humillante de hacérselo saber.

Merrie la llamó esa tarde para preguntar si lo había leído.

—Sí, lo he visto en el supermercado.

—No entiendo por qué mi hermano se deja usar de esa manera —murmuró Merrie, irritada. Evidentemente, no sabía lo que había pasado entre ellos.

—La gente famosa es víctima de esos reporteros sin escrúpulos —dijo Ivy—. A lo mejor el fotógrafo los pilló sin que se dieran cuenta.

—O a lo mejor Stuart está intentando decirle a otra chica que no quiere saber nada de ella —sugirió Merrie, con toda inocencia—. Mi hermano suele hacer esas cosas.

Pero no ha habido nadie en su vida últimamente. Nadie importante, quiero decir.

—¿Qué tal te ha ido el examen? —preguntó Ivy, para cambiar de tema.

—He aprobado con nota, gracias a ti.

—Tú puedes hacer lo mismo por mí cuando lleguen los finales.

—¿Vienes a casa el fin de semana que viene?

—Pues… es que le he prometido a Lita que iría con ella a Dallas a ver a su madre

—contestó Ivy. En realidad, había prometido pensárselo. Pero ahora estaba segura de que iría.

—No voy a poder ir a casa a menudo a partir de ahora —protestó Merrie—. Me han ofrecido un trabajo en el hospital en el que hacemos las prácticas y tendré que trabajar en turnos de doce horas cuatro días a la semana. Y muchos de ellos serán sábados y domingos.

—Sí, cuando yo termine mis estudios también tendré que trabajar los fines de semana. Pero cuando pueda comprarme un coche iré a verte a San Antonio.

—Sí, claro. Oye, ¿te pasa algo?

—No —suspiró Ivy—. El abogado ya ha terminado de hacer la verificación del testamento. A ver si Rachel me deja en paz ahora.

—Eso espero. Bueno, te llamo dentro de unos días —se despidió Merrie.

Era imperativo que dejase de ver a Stuart. No podía obsesionarse, especialmente ahora que había dejado tan claros sus sentimientos por ella. Echaría de menos a Merrie, pero el riesgo era demasiado grande.

Capítulo 4

Dos años después

—Ivy, ¿quieres una taza de café? —le preguntó su cliente desde la puerta de la oficina, mientras ella estudiaba los libros de contabilidad.

—Sí, gracias. Si no es mucha molestia...

—No, claro que no —sonrió Marcella.

—Gracias.

—De nada. ¡Me has salvado de la ruina!

—No, mujer —sonrió Ivy—. Sólo he descubierto que tenías más dinero del que pensabas.

—Tú lo dices a tu manera, yo lo digo a la mía. Voy a buscar el café.

Ivy suspiró, contenta. Había hecho progresos asombrosos en los últimos dos años.

El más importante había sido que, cuando Dorie Hart le ofreció un trabajo como contable, con clientes incluidos, por fin pudo dejar el apestoso garaje.

A Dorie le gustaba mucho su trabajo y había seguido haciéndolo tras su matrimonio con Corrigan Hart, pero su familia la tenía demasiado ocupada. Ivy había sido un regalo del cielo, le decía siempre. Ahora podía dejar a sus clientes en buenas manos.

De modo que llevaba la contabilidad de una boutique, un arquitecto, el propietario de una carnicería, un gimnasio y una docena de negocios en Jacobsville.

Y todo gracias a Lita, que era muy amiga de Dorie. Había sido un increíble golpe de suerte. Ivy, que estaba resignada a trabajar para otros toda la vida, ahora era una mujer de negocios con su

propia empresa.

Y, por si ésa no fuera fortuna suficiente, cuando se ofreció a escribir algún artículo ocasional para la asociación de ganaderos de Jacobsville en su tiempo libre, aceptaron de inmediato. Lo habría hecho como favor para los Hart, ya que Corrigan era el presidente, pero se negaron. Le daban un cheque por cada artículo. Igual que sus habilidades con las Matemáticas, sus habilidades con el idioma le habían sido de gran utilidad.

Merrie estaba trabajando como enfermera en un hospital de San Antonio.

Hablaban por teléfono al menos dos veces al mes, pero estaban demasiado ocupadas como para verse a menudo. Ivy nunca le había contado a su amiga lo que había pasado aquel fin de semana y tampoco le preguntaba por Stuart. Merrie parecía intuir que había pasado algo, pero era tan discreta que nunca se había preguntado.

El otoño había hecho que las hojas de los arces se volvieran de un precioso color escarlata. Ivy estaba inquieta, como si algo estuviera a punto de cambiar su vida.

Hacía su trabajo todos los días intentando no pensar en Stuart York, pero sentía un miedo extraño, como una premonición.

Shelby Jacobs estaba organizando una fiesta benéfica para un refugio de animales abandonados. A Ivy le gustaría ir, pero el comisario Hayes Carson estaba en el comité organizador y cada día mostraba más interés por ella.

Y no sabía si eso le gustaba o no. Le caía bien Hayes, pero su corazón no se aceleraba cuando estaba con él. Aunque a lo mejor eso era bueno.

Cuando apareció en la pensión el viernes por la tarde, se sentó en el balancín del porche con él. Su habitación contenía poco más que una cama y una cómoda y no le gustaba que un hombre entrase allí. Hayes parecía saberlo, porque se sentó en el balancín sin decir nada.

—El viernes que viene tenemos el baile benéfico —le recordó—. ¿Por qué no vas conmigo?

Ella rió, nerviosa.

—Hace siglos que no bailo. No sé si me acuerdo de cómo se hace.

—Yo te enseñaré.

Ivy lo estudió. La verdad era que Hayes era guapísimo. Tenía el pelo rubio, los ojos oscuros y un rostro serio. El uniforme destacaba un cuerpo musculoso. Parecía un campeón del rodeo, con hombros anchos, caderas delgadas y larguísimas piernas.

Muchas chicas de Jacobsville habían intentado que se interesase por ellas, pero ninguna había tenido éxito. Era un solterón empedernido y parecía inmune a las mujeres. Raramente sonreía, pero también podía ser encantador y en aquel momento lo estaba siendo.

Ivy no había salido con nadie en varios meses y le sorprendía que Hayes la invitase. Ella siempre iba en vaqueros, no era coqueta...

—Venga, no puedes estar todo el día trabajando.

—Mira quién habla. ¿No te fuiste de vacaciones por última vez hace cuatro años?

—Es que me encanta mi trabajo —rió Hayes. —Ya lo sé. Los traficantes de droga han dejado una estela de polvo de aquí a la frontera.

—Ése es mi trabajo. Pero tú... ¿por qué no sales más? ¿Es que tienes algún amor secreto?

Ivy intentó sonreír. Era cierto a medias, pero no pensaba admitirlo.

—Qué va.

—No todos los hombres son como tu padre. Ella apretó las manos. Miraba al horizonte, intentando no dejar que los recuerdos le afectasen.

—Mi madre decía que antes de casarse era un perfecto caballero. Salieron juntos durante un año... y luego, cuando descubrió lo brutal que era, estaba embarazada y no tenía adonde ir.

Hayes tomó su mano.

—Cuando llegó aquí nadie sabía mucho sobre él. Pero tú conoces bien a la gente de Jacobsville y diría que lo sabes todo sobre mí.

—Sí, bueno, todo el mundo lo sabe. No pegas a nadie a menos que antes te peguen a ti.

—Eso es. Así que estás absolutamente a salvo conmigo.

Ivy suspiró.

—Es difícil decirte que no.

—Lo pasaremos bien, ya verás. Además, ayudaremos a recaudar fondos para el refugio y le daremos a la gente algo de qué hablar.

—Sí, podría ser divertido —sonrió ella—. No sales con nadie, ¿verdad?

—No. Me gusta demasiado mi propia compañía. Además, está Andy. Me estropea un poco la vida social.

—¡No pienso ir a tu casa!

—Lo sé, ninguna mujer quiere venir a mi casa —Hayes suspiró —. Pero ya está bastante domesticado. Y es vegetariano. Ni siquiera se come un ratón.

—Tu escamoso compañero de casa va a hacer que sigas soltero para toda la vida.

—Pero lo tengo desde hace seis años. Es mi única mascota.

—Porque si tuvieras otra se la comería.

—Pero si es vegetariano...

—¿Estás seguro? ¿No ha desaparecido ningún perro o gato del barrio últimamente?

Hayes hizo una mueca.

—Es absurdo tener miedo de un animal vegetariano. Es como tener miedo de una vaca.

—Andy no se parece a ninguna vaca. ¿Recuerdas cuando lo llevaste al colegio para hablarles de herpetología a los niños? Creo recordar que no puedes volver a poner el pie allí...

—¡No intentó atacar a esa chica! Sólo quería subírsele encima, nada más.

Ivy tuvo que contener una carcajada.

—Seguro que no vuelves a llevarlo a ningún sitio.

—No, eso desde luego —suspiró Hayes—. Supongo que el pobre tendrá terror a las niñas durante el resto de su vida.

—Pues si no lo metes en una jaula, no me esperes en tu casa.

—Andy odia las jaulas. Es demasiado grande. Además, se sienta encima de la nevera y come bichos.

Ivy lo miró, perpleja.

—Tienes que salir más, Hayes.

—Lo intento, pero nadie quiere salir conmigo —protestó él.

—Mentiroso. Muy bien, iré contigo al baile. Pero la gente lo comentará durante semanas.

—Me da igual. Soy inmune a los cotilleos. Y tú también.

—Sí, bueno... ¿Vaqueros y botas?

—No —contestó Hayes—. Hay que ir con vestido y zapatos de tacón.

—¡Pero a mí no me gusta arreglarme!

—A mí tampoco, pero es por una buena causa. Vendré a buscarte el viernes a las siete. ¿Te parece?

—Me compraré un vestido —sonrió Ivy.

—¡Así se habla!

Todo el mundo en Jacobsville se enteró de que iba al baile con Hayes Carson.

Resultaba increíble que la información viajase tan rápido, aunque era predecible en un pueblo tan pequeño.

Incluso Merrie se enteró, en San Antonio.

—¿Hayes te ha pedido que vayas con él al baile? —le preguntó por teléfono—.

¡Pero si no sale con nadie! Al menos, no ha salido con nadie desde que la hija de Jones lo dejó por un millonario australiano.

—Eso fue hace dos años. Y yo creo que sigue pensando en ella. Sólo vamos a un baile benéfico, Merrie. No me ha pedido que me case con él.

—Nunca se sabe —rió su amiga—. A lo mejor se siente solo.

—¡Tranquila, tranquila! No quiero casarme y Hayes tampoco.

—¿Por qué no?

—Me gusta vivir sola —contestó Ivy.

—Anda ya...

—El baile es a beneficio de un refugio para animales. Hay tantos perros abandonados... es una pena.

—A mí también me gustan los animales, pero Hayes no te ha pedido que vayas con él por los perros abandonados, te lo digo yo. A lo mejor quiere salir contigo para que otra mujer lo deje en paz. Eso es lo que suele hacer mi hermano.

—A tu hermano se le da mejor que a Hayes —dijo Ivy, enigmática.

—Sí, bueno, es que Stuart tiene práctica —suspiró Merrie—. Pero últimamente no sale con nadie. Le pregunté por qué y me contestó que ya no le divertía. Si no lo conociese tan bien, pensaría que ha encontrado a alguien que le gusta de verdad.

—No lo creo —murmuró Ivy. Aunque le entristecía pensar que

Merrie pudiera tener razón.

—¿Sabes una cosa? Creo que yo también iré a la fiesta —dijo su amiga de repente

—. Voy a pedirle a alguna compañera que haga mi turno en el hospital. Dile a Hayes que me guarde un baile.

—Puede llevarnos a las dos —rió Ivy—. Eso sí que daría lugar a cotilleos.

—A mí me gustaba cuando íbamos al instituto, pero él no se fijaba en mí. Fue más o menos cuando se lió con ésa que luego lo dejó por el australiano. Se lo merecía.

Todo el mundo sabía que no era más que una buscavidas.

—Hayes tiene su propio rancho —le recordó Ivy.

—Y ha heredado dinero de su padre, pero no es el tipo de hombre que vive de algo que no se ha ganado él mismo. Es como Stuart. Los dos son muy independientes.

—Como tú.

—Sí, claro, es verdad.

—¿Qué tal lo de ser enfermera?

—Me encanta —contestó Merrie—. Es el mejor trabajo del mundo.

—Pero si estás todo el día con gente enferma...

—¿Gente enferma, yo? ¿Estás segura? —Trabajas en un hospital.

—Ah, claro, ahora lo entiendo... por eso todos están en la cama.

Ivy soltó una carcajada.

—Me alegro de que te guste tu trabajo. Puede que no lo creas, pero a mí también me gusta el mío.

—Ya lo sé. Y me alegro de que estés contenta. Ah, hablando de cosas alegres...

¿sabes algo de Rachel?

Ivy hizo una mueca.

—No mucho. Sólo que está intentando alejarse de Jerry, el traficante, para irse a vivir con un hombre rico. No me dijo su nombre, pero sí que estaba casado.

—No me sorprende.

—No pude entender mucho de lo que me contaba porque... no se la entendía.

Hablaba de forma incoherente. No puedo imaginar lo que un hombre rico puede ver en una mujer que está todo el día drogada o

borracha. Ni cómo puede actuar en esas condiciones.

—Mientras te deje en paz...

—Sí, supongo que sí. Pero me preocupa. Es la única familia que tengo —suspiró Ivy—. A lo mejor ese hombre la saca de las drogas. A menos que se entere su mujer, claro.

—¿Ha discutido con el traficante?

—No tengo ni idea. Pero, por lo visto, el millonario le compra diamantes.

—No voy a preguntar qué le da ella a cambio.

Ivy hizo una mueca.

—Yo tampoco.

—Bueno, nos vemos en el baile. ¿Dónde es y a qué hora?

Cuando colgó, Ivy se sentía inquieta. ¿Y si el amante de Rachel era alguien conocido y su mujer se enteraba de la relación? A pesar de ser una persona egoísta y sin compasión por los demás, su hermana era una enferma. Un escándalo como ése la enviaría al precipicio.

Había habido algo muy raro en su última conversación con ella. Rachel le había pedido que le diera un mensaje al propietario de la única panadería del pueblo; algo sobre un cargamento de harina que no había llegado a tiempo. Ivy, que no entendió nada, se había olvidado del mensaje hasta aquel momento. Rachel le contó también que le había dado un ultimátum a su amante rico: o se divorciaba de su mujer o hacía pública su aventura. Ivy le había rogado que no lo hiciera, pero su hermana se había reído. Según Rachel, la esposa no era una amenaza para ella. Se jactaba de saber sacarles dinero a los hombres... como si fuera una habilidad de la que pudiera sentirse orgullosa.

Y la conversación había terminado como siempre, con Rachel colgando de malas maneras.

Ivy suspiró, pensativa. Su hermana se había mostrado sorprendida cuando le contó que su padre le pegaba. Según ella, su padre no era un hombre violento. Con ella no, le había dicho Ivy. Porque a ella la quería. Ivy, sin embargo, no era más que una criada.

Durante unos segundos, Rachel había parecido compungida. Pero duró eso, unos segundos. Y enseguida volvió a ser la misma de siempre.

Ivy se dio cuenta de que estaba temblando. Reviviendo esos días siempre se sentía triste. Los recuerdos eran terribles.

Aunque Ivy había ido dispuesta a comprar un vestido, la dueña de la boutique, una de sus clientas, insistió en prestarle uno de sus propios diseños.

—Es de tu talla —insistió Marcella Black—. Además, es del mismo color verde que tus ojos. Ven a las cinco y te maquillaré. No quiero discusiones. El viernes vas a parecer una princesa.

—Me convertiré en una rana a medianoche —le advirtió Ivy.

—De eso nada.

—Muy bien, a las cinco el viernes. Y gracias, Marcella. De verdad.

La mujer arrugó la nariz afectuosamente.

—Dile a todo el mundo quién te ha hecho el vestido y estamos en paz.

—¡Claro que lo haré!

Hayes no llevaba uniforme esa noche. Se había puesto un traje oscuro con una camisa blanca y una corbata azul. Sus zapatos brillaban tanto que reflejaban la luz del porche.

Ivy acababa de llegar en su Volkswagen de segunda mano de la boutique, donde Marcella la había maquillado y peinado, sujetando su pelo rubio en un elegante moño. Se había quedado de piedra con el resultado. Nunca se había maquillado así, pero el espejo le decía lo guapa que estaba.

Y Hayes no pudo disimular su sorpresa.

—Estás preciosa —le dijo, ofreciéndole una cajita con una orquídea—. Me han dicho que las chicas las llevan en la muñeca.

—Sí —murmuró Ivy—. Para que no se aplasten mientras bailan. No tenías que comprarme nada, Hayes. Pero gracias, es preciosa.

—Pensé que te gustaría. ¿Nos vamos?

Ella asintió. Llevaba un bolsito de noche que Marcella le había prestado junto con el vestido. Y se sentía como Cenicienta.

El centro cultural de Jacobsville estaba lleno de gente. Además de los veterinarios del refugio con sus esposas, habían acudido todos los «pilares de la comunidad».

Justin y Shelby Ballenger habían ido con sus tres hijos. El mayor trabajaba en el almacén de ganado con Justin durante el verano, antes de volver a la universidad; los otros todavía estaban en el

instituto. Los hermanos Tremayne y los Hart, con sus esposas, Micah Steele, la doctora Coltrain con su marido, Copper. J.D. Langley y Fay, Matt Caldwell y su mujer, Leslie y Cash Grier con Tippy. Judd Dunn y su mujer, Christabel, mirándose con la misma cara de amor que el día que se casaron…

—Es asombroso que quepa tanta gente aquí —dijo Hayes.

—Desde luego. Con el dinero que van a ganar esta noche, seguro que pueden construir otro refugio.

—No lo dudo.

Cuando se chocaron con Willie Carr, el propietario de la panadería, Ivy recordó el mensaje que Rachel le había dado para él.

—Willie, mi hermana me ha pedido que te dijera una cosa.

Willie Carr miró a su mujer, incómodo.

—¿Y por qué iba a decirme algo Rachel? Hace siglos que no la veo. No te engaño, cariño, no te preocupes —añadió mirando a su mujer.

—Era algo sobre un cargamento de harina que no ha llegado cuando debía o algo así.

Willie se aclaró la garganta.

—Yo no sé nada sobre ningún cargamento de harina de Nueva York. Rachel debía de referirse a otra persona.

—Sí, supongo que sí —asintió ella, sorprendida—. A veces es un poco incoherente.

—Si te manda mensajes sobre harina, desde luego —rió Willie, tomando a su esposa del brazo.

—¿De qué cargamento de harina hablaba tu hermana? —le preguntó Hayes.

—No lo sé. Pero me dijo que le pasara el mensaje a Willie.

—¿Cuándo te dijo eso, Ivy?

—Hace unos días, pero se me había olvidado. ¿Por qué?

Hayes la llevó hacia una mesa donde Cash Grier, el jefe de policía, estaba tomando ponche con su mujer, Tippy, que se alejó un momento para saludar a unos conocidos.

—¿Qué tal? —los saludó Cash.

—Rachel le ha enviado un mensaje a Willie.

—¿Qué mensaje?

Hayes le pidió a Ivy que lo repitiera.

—¿Un código? —preguntó el jefe de policía.

—Lo envió hace unos días.
—Ah, qué coincidencia.
—Eso prueba la conexión de la que hablábamos antes —Hayes se volvió hacia Ivy
—. Si tu hermana vuelve a darte algún mensaje para Willie o cualquier otra persona, dímelo.
—Rachel está mezclada en algo ilegal, ¿verdad?
—No necesariamente —contestó el comisario—. Pero sí conoce a alguien que lo está.
—Rachel quiere dejar a su novio —dijo Ivy entonces—. Ahora tiene una relación con un hombre casado y me temo que todo va a terminar fatal.
—La gente que se involucra con las drogas siempre termina fatal —dijo Hayes, sombrío.
—Sí, ya lo sé.
Tippy, la esposa de Cash, volvió con ellos en ese momento.
—Hola, Ivy.
—Hola, Tippy, estás muy guapa.
—Marcella me ha hecho el vestido. Y el tuyo también, ¿verdad?
Ella asintió, sonriendo.
—Es precioso.
—Marcella es genial. Le he enviado fotos de sus vestidos a una amiga que tengo en Nueva York. Pero no se lo digas, quiero que sea una sorpresa.
—No le diré nada, no te preocupes. Sería estupendo que alguien se interesara por su trabajo...
—Oye, que yo he venido aquí a bailar —protestó Hayes.
Cash miró a su compañero de arriba abajo.
—¿En serio?
—Sé que no soy tan buen bailarín como tú, Grier —rió el comisario—. Pero también sé bailar *La Macarena.*
—¿Ah, sí? Pues yo le he enseñado a Tippy.
—En ese caso —replicó Hayes, sonriendo—, que gane el mejor.
Y, después de decir eso, se dirigió al director de la orquesta para decirle algo al oído. Todos empezaron a reír cuando Hayes Carson apareció en la pista de baile llevando a Ivy del brazo.
—Uno, dos, tres, cuatro —contó el director. Y empezaron a sonar los primeros compases de *La Macarena.*

Ivy, que había visto a mucha gente bailándola en televisión, conocía los movimientos. Y no era la única porque, de repente, la pista se llenó de gente.

Hayes ejecutaba los rápidos movimientos de las manos como si los hiciera todos los días, pero cuando llegaron al segundo coro, Ivy cayó en sus brazos, muerta de risa.

—¡No estoy en forma! —exclamó—. Tengo que salir más.

—Justo lo que yo estaba pensando —replicó él.

Ivy miró hacia la puerta en ese momento. Y sus ojos se encontraron con un par de ojos azules. Su corazón se detuvo cuando Stuart York lanzó sobre ella una mirada que podía haber derretido acero.

Capítulo 5

Ivy nunca había visto esa expresión en el rostro de Stuart. Parecía furioso, pero no sabía por qué. Y, aunque sonreía, Merrie también parecía sorprendida.

Los dos York se abrieron paso a través de la gente, deteniéndose de vez en cuando para saludar a algún conocido. Ivy se dirigió hacia ellos, nerviosa. Hacía mucho tiempo que no veía a Stuart y sabía que había estado evitándola desde su tórrido encuentro dos años atrás.

—Pensé que no bailabas, Hayes —dijo Merrie. Estaba sonriendo ampliamente, pero parecía incómoda.

—No suelo hacerlo —admitió él—. Pero de vez en cuando no está mal.

—Hemos venido para apoyar el refugio de animales abandonados —le recordó Ivy—. Y tengo la impresión de que van a recaudar mucho dinero.

—Yo les envío un cheque todos los años —dijo Stuart, muy serio.

—¿Habéis venido juntos? —preguntó Hayes.

—Sí. He conseguido que una compañera me hiciera el turno en el hospital —

contestó Merrie—. He venido porque sabía que Ivy iba a estar aquí. Hace siglos que no la veo.

—Nunca pensé que acabarías siendo enfermera —dijo el comisario—. Aún recuerdo cuando te tiró ese viejo caballo que solías montar... te desmayaste al ver que tenías una herida.

—No me desmayé por la herida sino por dónde estaba tirada.

—Sólo era un montón de estiércol —rió Stuart—. Te juro que se bañó tres veces para quitarse el olor.

La orquesta empezó a tocar de nuevo, esta vez una canción melódica. Hayes se dirigió a Merrie:

—¿Quieres bailar?

—Pues... —Merrie miró a Ivy, como pidiéndole permiso.

—Venga —la animó ella.

Merrie asintió por fin y el comisario tomó su mano para llevarla a la pista. Ivy se quedó sorprendida al ver que, en los brazos de Hayes, su amiga parecía estar en el paraíso.

—¿Usted baila, señor York? —preguntó Tippy.

—No, me temo que no.

—Yo tampoco. Bueno, no muy bien. Pero estoy aprendiendo.

Cash la tomó por la cintura.

—Desde luego que sí, cariño. Venga, nos vendrá bien practicar un poco.

Ivy y Stuart se quedaron solos por primera vez en dos años. Ella estaba incómoda y se le notaba.

—Me gusta el vestido —dijo Stuart, con voz pausada.

—Gracias —contestó Ivy—. Marcella espera que lo promocione.

—¿Ahora haces de modelo?

—Sí, supongo que sí.

Stuart miró a su hermana, bailando con Hayes.

—Estuvo loca por él durante un tiempo —dijo, de repente—. Me alegré cuando se le pasó. Hayes ha tenido dos enfrentamientos armados desde que se convirtió en comisario de Jacobsville y estuvo a punto de no salir vivo del último. Merrie no podría ser la esposa de un policía.

—Es enfermera —le recordó Ivy—. Está acostumbrada a las realidades de la vida.

—Si, bueno, los pacientes se van a casa cuando están curados. Pero la mujer de un policía tiene que esperar despierta para ver si vuelve a casa... ésa es la diferencia.

Ivy se sintió culpable al recordar cómo la había mirado Merrie cuando Hayes le preguntó si quería bailar, como si fuera propiedad de otra. Y, considerando la actitud de Stuart, era posible que su amiga estuviera escondiendo su interés por Hayes Carson.

—¿Por qué has venido con Hayes?

—Porque me lo pidió —contestó ella, sorprendida por la pregunta. Debería haberle contestado que no era asunto suyo, pero

le pareció una grosería—. No quería venir solo.

—Tiene dinero y es soltero.

—¿Y qué?

—Que pronto cumplirás los veintiuno.

—Sí, ya lo sé.

—Merrie me dijo que siempre habías querido estudiar ópera.

—Y también te habrá dicho que, como no quiero irme de Jacobsville, eso no va a pasar. No quiero estudiar una carrera que luego no va a servirme de nada.

—¿Quieres seguir haciendo la contabilidad de los demás durante toda tu vida?

—Me gusta mi trabajo. Además, también escribo algún artículo para la Asociación de Ganaderos.

Stuart no contestó. Estaba mirando a su hermana. Pero un minuto después tomó a Ivy de la mano.

—Pero si has dicho que no bailabas...

—He mentido —la interrumpió él, tomándola por la cintura.

Ivy no podía respirar. Su proximidad era asfixiante y le recordaba aquel momento, en su casa, dos años atrás. Seguramente fuera un sueño y despertaría agarrada a la almohada, de modo que... ¿por qué no disfrutar? Cerró los ojos y suspiró. Por un momento, casi podría haber jurado que Stuart estaba temblando.

Pero el sueño acabó demasiado pronto. La canción terminó y Stuart se apartó de ella.

—Ese color verde te queda muy bien. Hace juego con tus ojos.

—¿Ah, sí?

Era la primera vez que Stuart York le decía algo bonito. Y estaba sonriendo. Una sonrisa diferente a todas las demás. Sus pálidos ojos brillaban como diamantes y parecía más joven, más... cercano.

Merrie se reunió con ellos entonces.

—¿Qué tal? —le preguntó a Ivy. —Bien. Era una canción muy bonita. Harley Fowler había parado a Hayes al salir de la pista de baile y cuando se reunió con ellos no parecía muy contento.

—Tengo que irme. Nos ha llegado una información importante sobre un caso.

Puedo pedirle a uno de mis alguaciles que te lleve a casa, Ivy.

—Nosotros la llevaremos —se ofreció Stuart—. No pasa nada.

—Gracias. Nuestra primera cita y tengo que irme... Pero te

compensaré, te lo prometo.

—No estoy enfadada, Hayes. Tú ve a hacer tu trabajo. Habrá otros bailes.

—Gracias. Hasta otro día, Merrie —se despidió el comisario, haciéndole un guiño.

Su amiga no dejó de mirarlo hasta que desapareció. Ivy se había fijado, pero no dijo una palabra.

—¿Habéis probado el ponche? Está riquísimo.

—Sí, seguro que está muy bien. Pero quiero hablar un momento con Shelby Ballenger. Vuelvo enseguida —se disculpó Merrie.

Ivy llenó dos vasos de ponche y le ofreció uno a Stuart, pero él hizo una mueca.

—Es ponche tropical, ¿no? Odio el ponche tropical.

—También tienen café, si te apetece.

—Sí, me gustaría. Con leche y sin azúcar, por favor.

Ivy le sirvió un café, pero se azoró cuando sus manos se rozaron.

—No pasa nada. No tienes por qué estar nerviosa —sonrió Stuart.

Ella no entendía qué le pasaba. El brillo de sus ojos la deleitaba y asustaba a la vez.

Nunca había tenido una reacción así con un hombre… porque no había habido ninguno desde que Stuart la había besado aquella noche. Una noche con la que había soñado desde entonces.

—¿Quieres más leche?

—No, así está bien.

La orquesta estaba tocando otra vez una pieza lenta cuando Merrie volvió con ellos.

—Le he preguntado a Shelby si me guardaría un cachorro de los border collie que crían Justin y ella. Son muy buenos con el ganado.

—¿Y tú qué sabes de ganado? —le espetó su hermano.

—Lo mismo que tú —replicó ella—. Pero no es para mí. Es para una niña a la que van a quitarle un tumor en el cerebro y está muerta de miedo. Le pregunté a sus padres qué podía animarla y me dijeron que siempre le habían gustado los collies.

Puede que sea justo lo que necesita antes de la operación. Es que aún no saben si es un tumor maligno…

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Ivy.

—Diez.

—Pobrecita.

—Con el collie al menos se animará un poco —dijo Stuart—. Eres una joya, Merrie.

—Y tú también. Bueno, vamos a bailar... o a comer.

—Bailar me parece lo más sensato —rió su hermano, tomando a Ivy por la cintura para llevarla a la pista de baile.

Fue la noche más bonita de su vida. Bailó casi exclusivamente con Stuart y a él no parecía importarle que la gente los mirase. Era bien conocido en todo el pueblo que Stuart York salía con muchas chicas y que, en cambio, Ivy no salía con nadie. Estaban haciendo que se levantasen muchas cejas.

A Merrie no le faltaron compañeros de baile, pero parecía un poco triste desde que Hayes se había marchado. Ivy se preguntó si seguiría sintiendo algo por el comisario... aunque le parecía raro que nunca le hubiese contado nada.

Cuando llegó la hora de marcharse, Merrie les dijo que quería quedarse un rato más y que uno de los gemelos Bates la llevaría a casa, de modo que Stuart tomó a Ivy de la mano y la llevó hasta su Jaguar, aparcado en la puerta.

—Lo he pasado muy bien.

—Y yo —dijo ella—. No suelo salir mucho. Además, ahora estoy con las declaraciones de Hacienda, así que no tengo tiempo libre.

—Merrie y tú habéis perdido el contacto desde que se fue a San Antonio.

—Un poco, sí. Pero hablamos por teléfono a menudo. Además, no importa. Es mi mejor amiga y, aunque no nos veamos, eso no va a cambiar.

—¿Sabes algo de Rachel?

—Sí, me llamó hace unos días.

—¿Y cómo está?

Ivy se preguntó por qué se interesaría por Rachel, a quien decía odiar.

—Igual que siempre.

—No es eso lo que yo he oído.

Ella lo miró, sorprendida. Había olvidado que Stuart se movía en los mismos círculos que otros hombres ricos. Incluso podría conocer al nuevo novio de su hermana.

—¿Qué has oído?

—Que está a punto de verse involucrada en un escándalo. Por eso traje a Merrie al baile. Hayes me dijo que iba a venir contigo y quería que hablásemos un momento...

a solas. Las paredes de la pensión son de papel y la señora Rhodes no se puede callar nada.

Rachel otra vez. Siempre era ella, toda su vida. ¿Se vería libre alguna vez de los problemas de su hermana?

—No me mires así —dijo Stuart—. Sé que tú no tienes nada que ver con ella. Pero no quiero que te lleves una sorpresa cuando algún periodista empiece a hacer preguntas sobre tu hermana. Los escándalos se pagan bien, especialmente si los familiares de los afectados hablan para los medios.

Ivy enterró la cara entre las manos.

—¿Qué es lo que sabes?

Stuart, que había tomado la carretera que llevaba a la pensión de Ivy, giró abruptamente el volante para entrar en un camino de tierra y detuvo el Jaguar unos segundos después.

—Deberías saber de qué se trata antes de que la historia llegue a las revistas.

—Dime qué pasa.

—Por lo visto, le consigue drogas a un viejo millonario que se cree enamorado de ella. El problema es que el viejo está casado con una antigua modelo que no quiere compartir su fortuna con nadie y mucho menos con una actriz de tres al cuarto que tiene un novio traficante. Un amigo común me ha contado que la mujer está a punto de contar la historia a los medios. Si lo hace, nadie volverá a contratar a Rachel en Broadway y su amigo el traficante podría acabar en la cárcel. Incluso ella podría ir a la cárcel si la mujer decide implicarla. Se dice que están relacionados con unos traficantes de drogas al otro lado de la frontera. Los mismos a los que Hayes y Cash intentan detener desde hace años.

Ivy se mordió los labios.

—Ojalá pudiera perderme en el Amazonas.

—Algún día tendrías que salir. Escapar no vale de nada.

Ivy se apoyó en el suave asiento de piel, suspirando. En un pueblo pequeño como Jacobsville un escándalo como ése sería una fiesta. Todo el mundo hablaría de ella.

—Rachel contó muchas mentiras sobre ti cuando estabas en el

instituto —dijo Stuart entonces—. A mí también. Y las creí, hasta hace dos años. Pero de todas formas hice lo posible para que se fuera de Jacobsville.

Entonces era por eso por lo que Rachel se había ido del pueblo, por lo que su actitud hacia ella había cambiado. Pensaba que Stuart estaba protegiendo a su hermana pequeña y estaba celosa...

—Copper Coltrain me ha contado que, durante la época del instituto, ibas a menudo a la clínica con moratones y heridas porque te habías «caído».

A Ivy se le puso el corazón en la garganta.

—Sí, a veces.

—Mentira. Tu padre bebía en exceso y Rachel le contaba las mismas mentiras sobre ti que le contaba a todo el mundo. Se jactaba de meterte en líos con él. Quería heredarlo todo y lo consiguió.

Saber que Stuart conocía la verdad, aunque siempre lo había sospechado, la puso enferma.

—Mi padre pensaba que era maravillosa.

—Sí, y estaba seguro de que tú no eras hija suya.

Ivy se volvió en el asiento, perpleja.

—¿Qué?

—Pensé que lo sabías —dijo Stuart, sorprendido—. Rachel me dijo que, antes de morir, tu madre le contó que había tenido una aventura y que tú eras el resultado. Y, naturalmente, le faltó tiempo para contárselo a tu padre.

De todo lo que su hermana le había hecho en la vida, aquello debía de ser lo más sucio. Ivy no sabía cómo expresar lo horrorizada que estaba.

—¿Y es... verdad?

—No lo sé —contestó él—. Pero sería fácil averiguarlo. Sólo tienes que hacerte una prueba de ADN. Seguramente Coltrain conserve alguna muestra de sangre de tu padre... si quieres, yo correría con los gastos.

—¿Harías eso por mí?

—Sí, claro.

Ivy empezaba a entender por qué su padre la odiaba tanto. Pensaba que no era su hija. Y Rachel había usado eso, si era verdad, para evitar que recibiese nada. Ella lo había heredado todo y lo

había vendido todo.

—Debe de odiarme a muerte —murmuró.

—Está celosa de ti, siempre lo ha estado.

—Sí, seguro —replico Ivy, sarcástica—. Lo tengo todo, belleza...

—No digas eso —la interrumpió Stuart, acariciando su pelo—. Tú no eres el patito feo. Rachel estaba celosa por cómo eres con la gente. Tú no cuentas mentiras, ni cotilleos. En el instituto te llevabas bien con todo el mundo. La hacías sentir inferior y te odiaba por ello.

—Rachel es preciosa. Todos los chicos estaban locos por ella.

—Incluso chicos con los que tú intentabas salir, lo sé. Le gustaba quitarte los novios y consiguió volver a tus amigas contra ti. Menos a Merrie. Aunque también lo intentó con ella.

—Me sorprende que la dejaras salir conmigo.

—Se lo prohibí, pero no me hizo ni caso —dijo Stuart, tan tranquilo—. Y dejé de hacerlo cuando me di cuenta de que todo lo que Rachel contaba era mentira.

—Vaya, menos mal.

—Copper no suele hablar sobre sus pacientes, pero somos primos y... yo me he sentido responsable de ti desde la muerte de tu padre. Él me contó algo sobre tu vida familiar, por si Rachel volvía por aquí para crear problemas. Aunque yo ya lo sabía porque había contratado a un detective.

Ivy no podía mirarlo. Era como si todos sus moratones fueran visibles en aquel momento.

—Nunca hablas de ello, ¿verdad?

—No. Ni siquiera con Merrie.

—Merrie es más perceptiva de lo que crees. Y sabía por qué siempre ibas con pantalones al instituto. No querías que nadie viera los hematomas que te hacía tu padre con el cinturón.

—Tú pasaste por lo mismo, ¿no?

Stuart vaciló un momento.

—Sí —dijo por fin—. Y tampoco he hablado de esto con nadie. Los recuerdos me duelen todavía.

—De haber sido hoy, mi padre estaría en la cárcel.

—El mío también. Nuestros padres habrían estado en celdas contiguas. Pero te aseguro que nadie va a usar un cinturón con mis hijos.

—Con los míos tampoco.

Stuart sonrió.

—Somos el producto de una infancia infeliz. Una pena que uno no pueda elegir a los padres.

—Desde luego —suspiró Ivy, pensativa—. Rachel no tiene miedo a nada salvo a perder un papel en Broadway, pero si se ve involucrada en un escándalo, su carrera se terminó. Y podría ir a la cárcel por ese asunto de las drogas. No sé qué haría si pasara eso... no es una persona muy fuerte.

—Ella eligió su camino, Ivy. Todos lo hacemos y luego tenemos que vivir con las consecuencias.

—¿Qué camino has elegido tú?

—No lo he elegido yo, me ha elegido a mí —contestó Stuart de forma enigmática, sin dejar de acariciar su pelo—. Pero ya está bien de charla por una noche. No te asustes —susurró sobre su boca—. Hay cosas que no se pueden hacer en el asiento de un coche.

Ivy sentía como si estuviera en el paraíso. Fue como aquel otro beso, dos años atrás, pero mucho más explosivo. Los años que habían pasado entre uno y otro la habían hecho más atrevida, de modo que enredó los brazos alrededor de su cuello y abrió los labios. Stuart vaciló un segundo, pero enseguida tiró de ella para sentarla sobre sus piernas y los besos se volvieron más ansiosos, más ardientes. Pero entonces Ivy sintió su mano dentro el escote del vestido, moviéndose por encima del sujetador...

—Es territorio nuevo. Tienes mucho que aprender —murmuró Stuart, mirándola a los ojos con afectuosa burla.

—¿Y tú te estás ofreciendo como guía? No estoy segura...

—Yo tampoco —murmuró él, buscando su boca de nuevo—. Pero he esperado todo lo que podía esperar.

Mientras Ivy intentaba entender a qué se refería, Stuart volvió a besarla, metiendo la mano por debajo del sujetador con tal seguridad, con tal maestría, que ella olvidó su deseo de protestar y se dejó llevar por la dulzura del momento.

Capítulo 6

Mientras Ivy estaba viendo estrellitas, le pareció oír el rugido de un gran felino en la selva de placer que estaba explorando... Pero Stuart debió de oírlo también porque levantó la cabeza y arrugó el ceño al mirar por el retrovisor.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó. Unos faros se dirigían hacia ellos por el camino de tierra—. ¡Hayes!

El coche patrulla de Hayes Carson pasó al lado del Jaguar, giró a toda velocidad y dio la vuelta de inmediato. Mientras el comisario hacía la maniobra, Ivy había vuelto a su asiento y estirado un poco la falda del vestido. Afortunadamente, estaba muy oscuro y Hayes no podría ver las marcas que los besos de Stuart habían dejado en sus labios.

—¿No estás un poquito lejos de tu territorio? Éste es mi rancho —le dijo Stuart.

—Hemos encontrado un transporte de droga con tres hombres implicados. Dos de ellos están detenidos, pero el tercero escapó. Y lleva un arma automática.

—Madre mía...

—No me parecía muy lógico que fuera en un Jaguar, pero podría haberlo robado.

Por cierto, ¿qué estáis haciendo aquí?

—Un perfil de ADN —contestó Stuart.

—Aaaaah —asintió Hayes, disimulando una risita—. De todas formas, yo que tú la llevaría a casa lo antes posible. Estos tipos no se andan con tonterías. Uno de mis alguaciles está en el hospital con una bala en la cadera.

—Espero que lo detengas.

—Yo también. Adiós.

Hayes puso la sirena y se alejó a toda velocidad.

—Supongo que ya hemos hablado suficiente por una noche —dijo Stuart, y suspiró—. No me apetece pelearme con un traficante de drogas a estas horas.

—A mí tampoco —asintió Ivy. Pero había cierta desilusión en su voz. No le gustaba haber tenido que bajar de las nubes tan pronto.

—Yo no quiero irme, Ivy —dijo Stuart, mientras arrancaba el coche—, Pero hay un sitio y un momento para todo y me temo que éste no es el nuestro.

Después de esa enigmática frase, volvió a tomar la carretera y se dirigió a la pensión. Cuando bajaron del Jaguar, sonrió al ver que se movía una cortina y llevó a Ivy donde no pudieran verlos.

—No debería haberte contado lo de tu padre así… de golpe. Lo siento.

—Las revistas no habrían sido tan amables. Prefiero que me lo hayas contado tú.

—Ve a ver a Copper. Él hará todo lo que pueda por ayudarte, yo pagaré la factura.

—Muy bien.

—Y no te preocupes por tu hermana. Si la situación fuese al revés, te aseguro que ella no perdería el sueño.

—Lo sé. Pero sigue siendo la única familia que tengo en el mundo.

Stuart dejó escapar un suspiro.

—No creo que eso te ayude nada —murmuró, inclinándose para rozar sus labios.

Pero se apartó enseguida. Tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no apoyarla contra la pared y devorarla allí mismo.

Ivy estaba fascinada por aquel cambio de actitud. Era tan dulce besarlo… más de lo que nunca hubiera imaginado.

—No podemos hacer mucho más. En público.

—¿Estamos en público?

—Si no dejo de besarte… Es muy dulce, Ivy. Más dulce que en mis sueños.

—Y que en los míos —le confesó ella.

Stuart lo sabía, pero tenía que ser fuerte por los dos y aquél no era el sitio.

—Tengo que ir a Denver mañana. Pero te llamaré cuando vuelva.

Ivy lo miró con el corazón en la garganta. Su sorpresa era evidente.

—Las cosas cambian. Y la gente también —sonrió él—. El mes que viene cumples veintiún años, ¿no?

—Sí.

—Aún eres muy joven, pero... qué demonios.

Stuart la envolvió en sus brazos y la besó hasta que empezó a dolerle la boca. Pero Ivy no se quejó. Al contrario, se agarró a él como a un salvavidas, con sus pies apenas tocando el suelo. Si era un sueño, no quería despertar.

Cuando la soltó de nuevo, respiraba de forma agitada.

—No te metas en líos.

—Yo nunca me meto en líos.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

Stuart se inclinó para darle un último beso en los labios.

—Antes de esto. Cierra la puerta con llave.

¿Estaba dando a entender que entre ellos había una relación? Ivy lo siguió con ojos hambrientos mientras entraba en el coche, pero se dio cuenta de que no iba a marcharse hasta que entrase en casa. Sonriendo ante un gesto tan protector, tan raro para ella, entró en la pensión diciéndole adiós con la mano. Sólo cuando apagó la luz del porche vio que el Jaguar se alejaba.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, la señora Brown y Lita sonreían de oreja a oreja.

—¿Anoche lo pasaste bien? —le preguntó su casera—. Vi que el comisario no te trajo a casa. ¿No era el coche de Stuart York?

—Sí, lo era —confesó Ivy, poniéndose colorada—. Hayes tuvo que marcharse antes de que terminase el baile.

—Hemos oído en la radio lo del tiroteo —dijo Lita—. El alguacil Clark tuvo que ser atendido en el hospital.

—Y uno de los sospechosos —añadió la señora Brown—. Dicen que el comisario le disparó.

—Hayes nos dijo que habían disparado al alguacil en la cadera, pero no nos contó nada sobre el otro hombre.

—Es el que salió corriendo cuando detuvieron el camión —la

informó la señora Brown—. Mi hija trabaja en la centralita de la comisaría, ya lo sabéis. Por lo visto, se escondió en una granja. Hayes vio pollos volando por todas partes y se acercó a investigar —añadió, riendo—. La gente mete a los pollos en las jaulas por la noche para que no se los coman los zorros. Nadie los deja sueltos. Y allí estaba el traficante.

Disparó al comisario y falló, pero Hayes no. Ivy sacudió la cabeza.

—Qué miedo. Habría que ser muy valiente para casarse con él.

—Probablemente por eso sigue soltero —comentó Lita—, Ya sabéis que su hermano murió de una sobredosis... pues dicen que Hayes está buscando al que lo

mató y no parará hasta que lo mande a la cárcel. Sigue pensando que Minette Raynor le dio las drogas a Bobby, pero yo no. Minette no es ese tipo de persona.

Ivy asintió con la cabeza.

—Yo estoy de acuerdo contigo, pero Hayes no lo ve así. Cuando tiene un sospechoso en mente, no para hasta que lo detiene. Da un poco de miedo.

—Pues yo me siento más segura —dijo la señora Brown—. Me gusta que no deje a ningún delincuente en la calle.

—Sí, claro...

Ivy estaba pensando en Stuart y en cómo había cambiado su relación. Intentaba comer de forma aparentemente normal, por dentro sentía una nueva esperanza.

Ivy trabajó como todos los días, pero echaba de menos a Stuart y esperaba ansiosa su llamada. Su corazón daba un vuelco cada vez que recordaba el último beso, tan desesperado.

Estaba comiendo un sándwich que no le sabía a nada en El Café de Barbara cuando sonó su móvil y lo sacó del bolso con manos temblorosas. Tenía que ser Stuart. Tenía que ser él.

—Hola —dijo Merrie.

—Ah, hola. ¿Cómo estás? —Ivy intentó disimular su decepción.

—Sola —contestó su amiga—. Tenemos que pasar un fin de semana juntas. Había pensado volver el viernes que viene, ¿qué te parece?

En cualquier otra ocasión, Ivy habría aceptado de inmediato, pero ahora tenía un secreto... y no sabía qué decir. No quería que

Merrie se diera cuenta de lo que sentía por su hermano. Aún no. Todo era demasiado nuevo, demasiado privado. ¿Y si Stuart no quería verla en su casa? ¿Y si sólo había sido un beso y no quería mantener una relación con ella? Sus inseguridades asomaban a la superficie como la nata en un batido.

—Ivy, no tienes que preocuparte por mí —dijo Merrie entonces —. Yo no voy a meterme.

—¿Perdona?

—Hayes es un buen partido.

—¿Hayes?

—Anoche parecías muy a gusto con él.

—Hayes Carson es un amigo, pero no sale en serio con ninguna chica y yo tampoco. No quiero casarme todavía, quiero disfrutar de mi libertad.

—Entonces, ¿no estás saliendo con él?

—Claro que no.

—Me alegro —dijo Merrie—. Por cierto, ¿sabes algo de él? He oído que anoche hubo un tiroteo.

—Uno de sus alguaciles recibió un disparo, pero Hayes está bien.

—Gracias a Dios. Stuart dice que es muy mayor para mí, pero yo creo que no es verdad.

—Lo dice porque es tu hermano y piensa que...

—¿Qué?

—Que su profesión es muy peligrosa. Hayes es comisario de policía, Merrie. Stuart sólo quiere lo mejor para ti.

—Ah, entonces debe de ser eso lo que lo tiene tan pensativo últimamente —

suspiró su amiga—. Pero mi hermano, por mucho que me quiera, no puede tomar decisiones por mí.

—Stuart sólo quiere que te cases con un hombre del que estés enamorada.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Eso espero.

—Te veo muy triste. ¿Por qué no vienes a la pensión y cenas con nosotras esta noche? A la señora Brown no le importaría.

—No, gracias. Estoy un poco resfriada y no quiero ponerme peor. Tengo que trabajar mañana.

—Bueno, pero si te animas…

—Sí, por supuesto.

—Cuídate —dijo Ivy—. Y deja de preocuparte por todo. Los deseos se hacen realidad.

—Sí, seguro —replicó Merrie, incrédula.

—Lo digo en serio, es verdad.

—Tú siempre has creído en lo cuentos de hadas.

—Y en los ángeles, no lo olvides.

—Pues si yo tengo un ángel de la guarda, el tipo se ha quedado dormido al volante.

—No digas eso. Y ven a verme en cuanto puedas.

—¿Qué pasa con lo del fin de semana? —insistió Merrie—. Stuart y tú no os peleasteis ayer, por cierto.

—Sí, bueno… ya te lo diré —respondió Ivy, para ganar tiempo —. Tengo un nuevo cliente y…

—Tú y tus benditos clientes. Bueno, llámame.

—De acuerdo. Cuídate, Merrie.

—Tú también.

Ivy esperó y esperó, pero no hubo ninguna llamada de teléfono. Incluso comprobó varias veces si su móvil funcionaba. Por la noche, estaba segura de que había malinterpretado la situación. Seguramente Stuart había estado de broma. Pero él no era ese tipo de persona… ¿o sí?

Estaba en la cama, a punto de apagar la luz, cuando el móvil empezó a sonar.

Con el corazón acelerado, se levantó y sacó el teléfono del bolso.

—¿Sí? —dijo, casi sin voz.

—Te has tirado de cabeza para contestar, ¿verdad? —oyó una voz burlona al otro lado.

—Sí —confesó Ivy, riendo.

—Te dije que llamaría.

—Ya, pero pensé que estarías muy liado…

—Y habías dejado de confiar.

—No… bueno, sí. No sabía si estabas de broma.

—Es muy pronto, ¿no? Estamos aprendiendo a conocernos el uno al otro.

Ivy no sabía muy bien qué quería decir.

—Merrie me ha invitado a pasar el fin de semana en vuestra

casa.

—¿Y qué le has dicho?

—Que la llamaría. No sabía si tú querrías... en fin... —Stuart no decía nada—.

¿Stuart?

Entonces oyó un chasquido, como si hubiera echado un cubito de hielo en un vaso.

—No me conoces en absoluto.

—No, claro que no. Me has evitado durante dos años.

—Tenía que hacerlo.

Ivy no entendió lo que decía. Pero se sentía tímida con él y eso no ayudaba nada.

—Ya, bueno... —aquélla no era la conversación que había esperado—. Tengo que irme a dormir.

—¿Es Hayes?

—¿Qué?

—¿Estás enamorada de Hayes Carson?

—¡No! —exclamó Ivy.

Al otro lado de la línea sonó un suspiro.

—Menos mal. Pero cuando vuelva, quiero que hablemos.

—Sí, eso estaría bien.

Ivy no sabía qué más podía decir. Le gustaba su voz y no quería que colgase, pero no se le ocurría nada de qué hablar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Stuart.

—Estoy sentada en la cama, en camisón, hablando con un loco.

Él soltó una carcajada.

—¿Parezco un loco? Lo siento, es que he tenido un día muy difícil. Siempre hay alguien en estas conferencias que pide cosas imposibles... ahora hay uno que quiere cambiar la forma de guardar el ganado. Quiere que estén bien abrigados, vestiditos y educados...

—Si fuera así te dirían: «No me comas».

—Pero yo no tengo ganado para carne.

Eso era cierto. El suyo era ganado de la raza Angus, ganado de cría.

—Ya lo sé. ¿Y qué le has dicho a ese hombre?

—No le he dicho nada.

—¿Pero...?

—Uno de los delegados de la Asociación Nacional de Ganaderos

lo invitó a marcharse. De hecho, le dio un empujón y lo tiró en la fuente de la entrada...

—¡Pero si hace un frío horrible en Colorado! ¡Está nevando!

—Lo sé.

—Pobre hombre.

—Le dieron una manta y un billete de autobús. La última vez que lo vi se alejaba tiritando hacia el atardecer...

—Qué malos sois.

—No, qué va... Oye, tengo que colgar, alguien está llamando a la puerta.

—A lo mejor es ese pobre hombre para pedir refugio.

—No, es un amigo de Alaska. Está acuartelado allí... es un militar.

—Ah.

—Hablaremos cuando vuelva. Cuídate.

—Tú también —dijo Ivy.

—Buenas noches, cariño.

Stuart colgó mientras Ivy intentaba convencerse a sí misma de que no lo había imaginado. La había llamado «cariño». Parecía que por fin, iban a ser amigos. Quizá incluso más. Por fin, se quedó dormida soñando con cosas imposibles.

A la mañana siguiente el mundo se le vino encima. Contestó al teléfono medio dormida pensando que podría ser Stuart de nuevo, pero era un extraño.

—¿Señorita Conley? El jefe de policía de Jacobsville me ha dado su número de teléfono. Soy el sargento Ed Ames, de la policía de Nueva York, comisaría central de Brooklyn. Llamo por su hermana.

A Ivy se le paró el corazón.

—¿Le ha pasado algo? ¿La han detenido?

Al otro lado de la línea hubo una pausa.

—Siento tener que decirle esto, señorita Conley, pero la hemos encontrado muerta en su apartamento esta mañana... ¿señorita Conley?

Ella no podía respirar. Sabía que aquello iba a pasar, lo sabía en su corazón. Pero no estaba preparada.

—Sí —dijo por fin—. Estoy aquí.

—Lo siento mucho...

—Dice que la han encontrando muerta. ¿Cómo...?

—No sabremos cómo murió hasta que le hagan la autopsia. Pero tenemos que identificar el cadáver, aunque estamos seguros de que es su hermana. Y luego alguien tendrá que disponer de sus objetos personales y encargarse del entierro o la incineración.

—Sí, claro. Tendré que ir a Nueva York… —Ivy no sabía qué decir—. Iré hoy mismo. En cuanto pueda comprar un billete de avión.

Después de que el sargento le diera su número de teléfono, Ivy se dejó caer sobre la cama. Rachel estaba muerta. Rachel estaba muerta. Ni siquiera se había despedido de ella y ahora tenía que ir a Nueva York para organizar su entierro. Y ni siquiera sabía cómo había muerto.

Entonces pensó en Jerry, su novio. ¿La habría matado él? ¿Habría enviado la mujer de su amante a alguien para que la asesinase? En su mente daban vueltas imágenes terribles.

Entonces pensó que estaba completamente sola en el mundo. Rachel era la única familia que le quedaba. La angustia por sus maquinaciones y sus mentiras había desaparecido, pero también el último lazo de sangre que tenía con alguien.

Pensó entonces en su padre y se preguntó si habría estado esperando a su hermana cuando cruzó al otro lado, cuando dejó este mundo. Había querido tanto a Rachel… A ella no, porque pensaba que no era hija suya. ¿Sería verdad? ¿Habría mentido Rachel sobre eso como había mentido sobre lo demás? Quizá hubiera dejado una nota antes de morir, una carta, algo que explicase el odio que sentía por ella. Si iba a Nueva York, a lo mejor podía encontrarla. Y quizá pudiera, al fin, entender a su hermana.

Capítulo 7

Afortunadamente, Ivy tenía dinero en su cuenta de ahorro para pagar un billete de avión a Nueva York. Pero una vez allí habría otros gastos... Para empezar, tendría que buscar alojamiento. No iba a quedarse en el apartamento de Rachel, con el traficante de drogas de su novio. Y no sabía lo que podía costar llevar los restos de su hermana a Jacobsville. Era una pesadilla. Si Stuart hubiera estado en casa quizá habría tenido valor para pedirle ayuda, pero era demasiado pronto para eso.

Podía llamar a Merrie, pero Ivy era demasiado orgullosa. Pedirle ayuda sería como pedir caridad. No, tenía que hacerlo sola, se dijo. Era una adulta, no una niña.

Podía hacerlo.

Nunca había viajado en avión. Y era una aventura, desde luego. Una aventura que no pudo disfrutar porque no dejaba de hacerse preguntas sobre la muerte de su hermana.

Una vez en el aeropuerto de La Guardia, tomó un taxi para ir a un hotel del que le había hablado Lita, en Brooklyn, no lejos del apartamento de Rachel. Su habitación era pequeña, pero limpia, y tenía una bonita vista. Pero mientras iba al depósito de cadáveres para reconocer el de su hermana, se preguntó cómo iba a poder soportar la soledad de aquel sitio.

El sargento Ames no estaba en su oficina cuando llegó y un policía le pidió que se sentase en la sala de espera. La comisaría era un caos. Había abogados que iban a ver a sus clientes, reporteros para hablar con los detectives, policías de uniforme o sin él, gente detenida...

Ivy, acostumbrada a vivir en un pueblo de mil habitantes, estaba a punto de marearse. Afortunadamente, unos minutos después un

hombre alto con traje de chaqueta se acercó a ella.

—¿Señorita Conley?

—Sí, soy yo —contestó Ivy, levantándose—. ¿El sargento Ames?

—Sí, lamento llegar tarde —se disculpó el hombre, llevándola a su despacho—. He tenido que testificar en un juicio.

—¿Sabe algo más sobre la muerte de mi hermana?

—Sólo que su novio tiene unos antecedentes más largos que la Biblia —contestó el sargento—. Trafica a pequeña escala y tiene clientes por todo Nueva York.

Aparentemente, su hermana estaba involucrada con uno de ellos, un hombre casado, y su esposa no estaba precisamente contenta. Por lo visto, la había amenazado, pero no hay pruebas. Y luego el novio... un vecino nos ha contado que su hermana y él solían tener peleas violentas. Durante la última, le dijo que dejase a su cliente en paz y ella amenazó con ir a la policía con información —el sargento Ames señaló los papeles que había sobre su mesa—. Como puede ver, no nos faltan sospechosos si acaba resultando ser un caso de asesinato. ¿Ha venido con alguien? ¿Con algún pariente, un amigo?

—No tengo parientes... salvo Rachel —contestó ella—. No he podido pedirle a nadie que viniera conmigo.

El hombre hizo una mueca.

—No pensará alojarse en el apartamento de su hermana, ¿verdad?

—No, claro que no. Estoy en un hotel.

—¿Ha tenido que lidiar con una muerte en la familia alguna vez?

—Mi padre murió hace dos años. Rachel se encargó de todo, aunque yo tuve que pagar las facturas. No sé lo que tengo que hacer.

—Yo se lo diré, no se preocupe. ¿Qué puede contarme sobre la vida privada de su hermana?

Ivy dejó escapar un suspiro.

—Probablemente nada que usted no sepa ya. Rachel era mayor que yo y no nos llevábamos bien. Sólo me llamaba para pedir dinero.

—Ya —murmuró el sargento.

—Quería ser actriz, así que vino a Nueva York y... sé que

tomaba drogas. Pero nunca imaginé que moriría tan joven —Ivy tragó saliva, intentando contener las lágrimas—. Ha sido tan repentino…

—¿Puedo hacerle una sugerencia?

—Sí, claro.

—Dice que está en un hotel.

—Así es.

—Pues vaya y descanse un par de horas. Llámeme cuando esté lista y yo la llevaré al depósito para que identifique el cadáver. Ivy asintió con la cabeza.

—Muchas gracias.

El sargento Ames se levantó.

—Le diré a uno de mis hombres que la lleve al hotel —se ofreció, como si intuyera que sus fondos eran limitados.

—Gracias —repitió Ivy.

—De nada, señorita Conley. Nos vemos después.

Era la hora de comer, pero no tenía hambre. Ivy se tumbó sobre la cama y cerró los ojos. Aún tenía que pasar el amargo trago del depósito, pero el sargento tenía razón.

Era mejor descansar un poco antes de eso…

Debió de quedarse medio dormida porque unos persistentes golpes en la puerta la devolvieron a la realidad de repente. Saltó de la cama y cuando abrió no podía creer lo que veía.

Ivy se echó en los brazos de Stuart y se agarró a él con todas sus fuerzas, llorando, tan feliz de verlo que no se molestó en disimular.

—Tranquila, cariño —intentó consolarla él—. Sé que esto es muy difícil para ti.

—¿Cómo te has enterado?

—El taxista que te llevó al aeropuerto es primo de la señora Rhodes. La llamó para contárselo y ella me llamó a mí. ¿Por qué no me llamaste, Ivy? Habría venido de inmediato.

No se había atrevido a hacerlo, pero allí estaba. Era como un milagro. Nunca había necesitado tanto a nadie en toda su vida. Ya no estaba sola.

—Tengo que llamar al sargento Ames para que me lleve al depósito. Debo identificar… el cadáver.

—Yo puedo hacerlo, si quieres.

—No, no… pero me gustaría que vinieras conmigo.

—Claro que sí. ¿Cómo murió, Ivy?

—No lo sé. Y la policía no está segura. El sargento Ames me ha dicho que tendrán que hacerle la autopsia —Ivy apoyó la cara en su pecho—. Y luego tengo que decidir si voy a incinerar sus restos o llevarlos a Jacobsville para enterrarla allí, con mis padres.

—A Rachel no le importaría una cosa u otra.

—Yo creo que sería mejor... incinerarla.

Ivy no le dijo que no tenía dinero para llevar un ataúd a Jacobsville. Estaba segura de que Rachel no tenía un seguro de enterramiento ni un seguro de vida. Y aunque los tuviera, sin duda Jerry sería el beneficiario.

—Bueno, ya veremos —dijo Stuart—. Lo primero es lo primero. Vamos al depósito y luego buscaremos una funeraria. Después iremos a su apartamento y veremos qué hay que hacer allí.

—Haces que todo parezca tan sencillo...

—Es una cuestión de organización.

—Pensé que tendría que hacerlo todo sola...

Stuart sacó un pañuelo del bolsillo.

—Sécate las lágrimas. Luego llamaremos al sargento, ¿de acuerdo?

—Sí —Ivy sonrió.

Stuart intentó que no mirase el cadáver, pero Ivy insistió en hacerlo.

Fue horrible. Rachel estaba absolutamente demacrada; su rostro tenía un color gris con unas manchas rojas que no había tenido nunca mientras vivía. No parecía su hermana, pero lo era.

Stuart y el sargento Ames la llevaron de vuelta a la comisaría, donde el sargento les ofreció un café.

—Tendremos que practicarle la autopsia, pero el forense está seguro de que murió de una sobredosis de crack. Es cocaína, pero con una base de heroína.

—¿Por eso tiene... ese aspecto?

—El crack es una droga letal, señorita Conley. Los chicos jóvenes creen que no lo es, pero acaba matándolos a todos.

—¿Por qué tomaría eso? —musitó Ivy, como para sí misma.

—La gente lleva años haciéndose esa pregunta y seguimos sin tener respuesta. Es una de las drogas más adictivas —contestó el detective—. La gente mata para conseguirla.

—Qué horror —intervino Stuart.

—¿Cuánto tiempo llevaba tomando drogas?

—Tomaba cocaína en el instituto —respondió ella—. Se lo conté a mi padre, pero no me creyó. Iba a casa colgada, pero él no se daba cuenta. O no quería darse cuenta.

—Su padre bebía —explicó Stuart—. No creo que se enterase de nada.

Ivy hizo una mueca.

—Nunca imaginé que acabaría así.

—¿Y su novio? —preguntó Stuart.

Ames se encogió de hombros.

—Saldrá de la comisaría esta misma tarde y volverá a vender drogas. Algunos de sus clientes son personas muy poderosas en Nueva York.

—En las películas, cuando detienen a un traficante está en la cárcel de por vida —dijo Ivy.

—En las películas —sonrió el sargento—. Pero no es así en la vida real. Por diferentes razones, los traficantes de droga nunca reciben las sentencias que merecen.

—¿Cuándo harán la autopsia? —preguntó Ivy.

—Probablemente esta misma noche. Una vez que hayamos descubierto la causa de la muerte, podrán decidir qué hacer con sus restos.

—¿Y su apartamento? ¿Podemos ir a verlo?

—Sí —contestó Ames, sacando una llave del cajón—. Ésta es una copia de la llave, la original nos la quedamos hasta que haya terminando la investigación.

—Me gustaría llevarme lo que sea de mi familia —dijo Ivy.

El sargento hizo una mueca.

—¿Conoce bien a Jerry Smith?

—Lo he visto un par de veces y no me gusta nada. Una vez intentó darme unas pastillas... me di cuenta a tiempo y no las tomé. Pero a él le pareció muy gracioso lo que había hecho.

—No me lo habías contado —dijo Stuart.

—Fue hace mucho tiempo —suspiró ella—. Además, Jerry tiene muchos contactos...

—Yo también tengo los míos. Incluyendo a dos rangers de Texas, un agente del FBI y al comisario de Jacobsville. Deberías habérmelo

contado.

—Rachel y Jerry volvieron enseguida a Nueva York…

—No me sorprende nada —dijo Ames, levantándose—. Los efectos personales de su hermana están aquí, señorita Conley. Si viene conmigo, se los entregaré ahora mismo.

—Muy bien —murmuró Ivy—. Gracias por ser tan amable.

—Es parte de mi trabajo —le aseguró el sargento.

Fueron al apartamento de Rachel en la limusina que Stuart había alquilado. Ivy nunca había viajado en un coche tan lujoso y no podía disimular su fascinación, pero le habría gustado que las circunstancias fueran otras.

Cuando llegaron al apartamento, lo primero que vio fue el dibujo en tiza del cuerpo de su hermana en el suelo. Y se le encogió el corazón al ver una prueba tan palpable de la muerte de Rachel.

—No sé por dónde empezar…

—Por el dormitorio —sugirió Stuart—. Yo miraré en los cajones del salón.

—Muy bien.

Ivy entró en el dormitorio y se quedó sorprendida al ver el raído edredón rosa, los zapatos viejos, las cortinas descoloridas…

Rachel siempre le contaba a todo el mundo que vivía una vida de lujo en Nueva York. Ivy lo había creído, pero debería haber pensado que, de ser así, no insistiría tanto en recibir la herencia de su padre lo antes posible.

Cuando abrió el cajón de la mesilla se sintió como una ladrona. Había un libro con una cubierta bordada. Una especie de diario que se guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Apenas había nada en la cómoda, salvo algunos conjuntos viejos de ropa interior, pero el armario fue una sorpresa. Dentro había diez lujosos vestidos de noche y dos abrigos de piel. Y zapatos de todos los colores.

Cuando abrió el joyero lanzó una exclamación. Podría ser bisutería, claro, pero no parecía barata. Había piedras que parecían esmeraldas, diamantes y rubíes… aquello era un tesoro. ¿Cómo lo habría conseguido? Stuart entró en ese momento y arrugó el ceño.

—Tiene una televisión de plasma, un DVD de última generación y algunas antigüedades. ¿De dónde sacó todo eso?

—Buena pregunta —murmuró Ivy—. Mira esto.

Stuart tomó un anillo y miró la inscripción que había en el interior.

—Oro de dieciocho quilates. Y las piedras son reales.

—¿Crees que Rachel robó estas joyas?

—No, no lo creo. Seguramente serían suyas. Pero aquí debe de haber… más de cien mil dólares.

Ivy se llevó una mano al corazón.

—Pensé que eran bisutería.

—Tú no sabes mucho sobre joyas, ¿verdad, cariño?

—No, yo… ¿de dónde las habrá sacado?

—Si estaba liada con un millonario, seguramente se las regaló él.

—Pero su mujer querrá que se las devuelva.

—A lo mejor no eran de ella. Pero me sorprende que Ames no se llevase todo esto a la comisaría.

—A lo mejor también él pensó que eran falsas.

Stuart sonrió.

—No lo creo. Puede que hayan instalado una cámara por aquí, para ver si alguien viene a llevárselas. En fin, es muy tarde. Será mejor que vayamos a mi hotel.

—Pero tengo que pasar por el mío…

—Ya he cancelado la reserva y tu maleta está en mi habitación —la interrumpió él

—. No pienso apartarme de tu lado ni un segundo.

—Pero…

—No sabemos cómo murió tu hermana, Ivy. No discutas.

—Eres muy dominante, ¿eh?

—Tantos años trabajando con el ganado han arruinado mi talante —bromeó Stuart, tomando el joyero—. Su novio dirá que estas joyas son suyas, pero no se las va a llevar sin pelear antes. Las dejaremos en la caja de seguridad de mi banco.

—Sí, es lo mejor. Puede que Jerry no matase a Rachel, pero ayudó a que muriese.

No debería beneficiarse de su muerte.

—Estoy de acuerdo.

De camino al hotel, se detuvieron en un banco para dejar las joyas y Stuart aprovechó para pedirle al director el teléfono de una funeraria. Diez minutos después, llegaban a una suite que dejó a Ivy

con la boca abierta.

Estaba en la última planta del hotel, una de ésas a las que iban presidentes de gobierno y personalidades, imaginó.

Ivy intentó tomar una sopa, pero tenía el estómago cerrado.

—Tienes que comer algo —la animó Stuart.

—No puedo. No ha sido el mejor día de mi vida precisamente. La verdad, aún no me lo creo.

—A mí me pasó lo mismo cuando mi padre murió. Estaba seguro de que lo odiaba, pero cuando desapareció me sentí desolado. No te das cuenta de la importancia de tus padres hasta que los pierdes.

—Sí, es verdad. Mi padre fue horrible conmigo. Siempre prefirió a Rachel y nunca intentó esconderlo, pero... quizá sea mejor saber que no me creía su hija. Así es más fácil de soportar. Aunque me gustaría estar segura.

—Que fueras o no su hija no justifica que se portase así contigo —dijo Stuart—.

Pero lo averiguaremos, no te preocupes.

Ivy asintió con la cabeza.

—Supongo que habrás dejado cosas pendientes para venir a Nueva York...

—Nada que mis hombres no puedan solucionar.

—Me alegro. Podría haber hecho esto yo sola, pero todo es más fácil contigo.

—Yo no te habría dejado hacerlo sola —dijo él, mirándola a los ojos. Ivy tenía el corazón en la garganta, pero él sonrió, un poco burlón—. Ahora no. Tenemos muchas cosas que hacer.

Ella se había puesto colorada. Era tan transparente como el cristal para un hombre con su experiencia. Stuart se alegraba de haber ido a Nueva York. Y no sólo porque Ivy necesitase ayuda.

Al final, Ivy decidió incinerar los restos de su hermana.

—Para que repose al lado de mi padre —murmuró, tomando una urna de bronce.

—Algunas personas conservan las cenizas en casa —comentó el director de la funeraria.

—No, yo no quiero vivir con los restos de Rachel sobre la chimenea. Mi hermana y yo... no nos llevábamos muy bien.

—Lo comprendo —dijo el hombre. Ivy firmó los papeles necesarios y le dio un cheque, a pesar de las protestas de Stuart.

—Ese dinero es calderilla para mí, Ivy —le dijo cuando volvieron a la limusina.

—Lo sé, pero es mi hermana y, por lo tanto, mi responsabilidad.

Él apretó su mano.

—Siempre has sido tan independiente...

—Me gusta saber que puedo hacer las cosas por mí misma. Además, nunca pude tener una vida propia mientras Rachel vivía. Era peor que mi padre diciéndome lo que tenía que hacer.

—¿Detecto una doble lectura en esa frase? —sonrió Stuart.

—No, sí... tú también eres muy mandón —Ivy lo miró con curiosidad—. Hace dos años, justo después de nuestro encuentro nocturno en el baño, apareció una fotografía tuya con una chica...

—Esa foto había sido tomada años antes. No sé de dónde la sacaron.

—¿Ah, no?

—En esa foto llevaba un traje de chaqueta, ¿verdad?

—Sí.

—¿Ves esto? —dijo Stuart, señalando la corbata que Ivy le había regalado tres años antes por su cumpleaños—. Siempre me la pongo cuando llevo traje de chaqueta.

¿Sale en la foto?

De hecho, en la fotografía llevaba otra corbata. Pero le asombraba que conservase la que ella le había regalado...

—¿Tanto te gusta?

En lugar de contestar, Stuart alargó una mano y sacó el crucifijo que él le había comprado tres años antes.

—No te lo quitas, ¿verdad? Está en todas las fotos que te haces con mi hermana.

—Es que es... muy bonito —tartamudeó Ivy.

—Sí, lo es. Pero no te lo pones por eso. Y yo no me pongo esta corbata porque esté de moda.

Estaba insinuando algo tan íntimo, tan maravilloso...

—Los dos hemos guardado secretos, Ivy. Pero eso no durará mucho tiempo.

Ella miró sus ojos, buscando una profundidad de sentimientos similar a la suya.

En el instituto se quedaba sin aire cuando Stuart York entraba en una habitación.

Pero entonces no entendía lo que sentía por él…

Si en algún momento había pensado que estaba jugando con ella, ahora sabía que no era así. Ningún hombre miraba a una mujer de ese modo a menos que le importase. Aunque sólo fuera un poco.

Capítulo 8

Ivy sentía como si el suelo hubiera desaparecido bajo sus pies. Cuando Stuart clavó los ojos en su boca fue como si el corazón quisiera salirse de su pecho. El deseo de besarlo era tan desesperado como una sed que nada podría saciar. Sin darse cuenta, empezó a inclinarse hacia él y…

En ese momento el semáforo se puso en verde y la limusina arrancó, separándolos antes de que pudieran acercarse demasiado.

Ivy rió, nerviosa, tímida y sintiendo por dentro un deseo más intenso que nunca.

—Estás a salvo —dijo Stuart, levantando una ceja—. Pero no te pongas demasiado cómoda.

Ella sonrió. Sus ojos eran la promesa del cielo. Parecía imposible que hubieran sido enemigos durante tanto tiempo. Aquel hombre tan guapo, tan familiar, se había convertido en alguien a quien no conocía en absoluto. Y la idea de un futuro con él resultaba increíblemente emocionante.

Pero, a pesar del impacto de esa revelación, Ivy recordó por qué estaba en Nueva York. Los sueños tendrían que esperar unos días.

Volvieron al apartamento de Rachel y Stuart se quedó hablando con el casero en el portal mientras Ivy buscaba algún recuerdo familiar.

Encontró un álbum de fotos. Como esperaba, casi todas eran de Rachel. Pero también había una de su padre sentado en el porche de su casa y varias de su madre.

No había una sola fotografía de Ivy. Le dolió, aunque lo esperaba.

También encontró una carta dirigida a su hermana en la que decía *Privado* en grandes letras rojas. Quizá no debería leerla, pero

tenía que hacerlo, especialmente después de ver el remite. Era un bufete de abogados de San Antonio.

Pero cuando iba a abrir el sobre, oyó pasos. Y no eran de Stuart. Ivy estaba guardando la carta en un bolsillo cuando la puerta se abrió…

Y Jerry Smith entró en el apartamento con gesto furioso.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le espetó Ivy.

—Vaya, la hermanita pequeña buscando el tesoro, ¿no? Pues lo siento, pero todo lo que hay en este apartamento es mío. Todo esto lo he pagado yo y robar está muy mal —dijo él, sarcástico.

Un año antes Ivy habría dado un paso atrás, pero ya no era una niña. Además, sabía que Stuart subiría en cualquier momento.

—Las fotografías y las mantas son mías. Eran de mi familia.

—Las mantas —repitió Jerry, desdeñoso—. Rachel pensaba que valían una fortuna porque estaban hechas a mano. Pero las llevó a un anticuario y él le dijo que no valían nada. Últimamente las usaba para guardar objetos de cristal porque pensaba mudarse el mes que viene. Pero me temo que no va a poder mudarse a ningún sitio.

—Rachel no me dijo que fuera a mudarse. ¿Adonde pensaba ir?

—A ese pueblucho vuestro, supongo. Tenía una casa allí.

—Vendió la casa hace dos años —le recordó Ivy.

—No sé, Rachel a veces olvidaba las cosas. Le advertí sobre el crack. Ni siquiera yo lo vendo porque es muy peligroso, pero se enganchó…

—¿La mataste tú?

—No tuve que hacerlo. Estaba medio comatosa la mitad del tiempo… desde que perdió un papel en Broadway. Su amante consiguió que el productor la echara y juró que no volvería a conseguir un papel en Broadway. Fue entonces cuando tocó fondo.

—Están haciéndole la autopsia ahora mismo.

Jerry se encogió de hombros.

—Suelen hacerlo cuando la gente muere de forma repentina. Pero yo no la maté.

Se mató ella misma —dijo, mirando alrededor—. No te lleves nada de aquí hasta que yo lo haya revisado todo.

—Me he llevado las joyas —dijo Ivy.

—¿Qué? —Jerry se acercó a ella con los puños apretados—. ¡Esas joyas valen una fortuna! Se las sacó a ese viejo con el que

estaba...

—O sea, que le pertenecen a él.

—¿Piensas devolvérselas? Menuda idiota. Dame la mitad y me olvido del resto.

—Sólo se puede comprar a la gente deshonesta —replicó ella—. A mí me da igual el dinero...

—¡Rachel se las habría quedado!

—Sí, seguro. Mi hermana sólo pensaba en sí misma.

—Pero tú no estás ciega, ¿verdad? —Jerry entró en el dormitorio y empezó a abrir cajones— ¿Dónde está?

—¿Dónde está qué?

—¡El libro de contabilidad!

Ivy arrugó el ceño.

—Yo no he visto ningún libro de contabilidad.

Jerry se puso pálido.

—Tiene que estar aquí —murmuró, abriendo cajones en el salón — ¡Tiene que estar aquí!

Ella no sabía de qué hablaba y no entendía por qué estaba tan furioso.

—A lo mejor mi hermana llevaba las cuentas en el ordenador —sugirió.

—¿Tu hermana? Tú te lo has llevado junto con las joyas, ¿verdad? ¿También te has llevado la cocaína?

Jerry entró en el cuarto de baño y salió unos segundos después con unas bolsas de polvo blanco.

—Falta una —dijo, como para sí mismo—. No sé cuál es tu juego, pero será mejor que encuentres ese diario y rápido...

—¿Qué diario? Mi hermana acaba de morir... no estoy interesada en tus cuentas.

—Muy bien, pues llévate tu herencia familiar y vete al infierno.

Ivy sacó las mantas del armario y volvió al salón, donde Jerry seguía abriendo cajones buscando el misterioso libro.

—Hay vestidos de noche y abrigos de piel en el armario. ¿No piensas llevártelos?

Rachel y tú sois de la misma talla.

—No, yo prefiero comprarme mi propia ropa.

—¿Rachel te envió algo para que lo guardases? —preguntó Jerry entonces.

—No. Mi hermana no me habría confiado nada.

—Ah, claro. Me contó que le robabas sus cosas cuando vivíais juntas.

—¿Qué? Yo jamás tocaba sus cosas —protestó Ivy, airada—. Era al revés. Es increíble... Rachel podía contar todas las mentiras que quisiera y la gente siempre la creía. Era su mayor talento.

Jerry se acercó entonces.

—A lo mejor tú y yo podríamos vernos alguna vez. No eres guapa, pero tienes carácter.

—No, gracias. Yo no salgo con delincuentes.

—Como tú quieras. Supongo que te harás vieja y te morirás en ese pueblucho —

murmuró, tocando su pelo—. Pero podrías pasarlo bien si te quedaras conmigo.

La puerta se abrió en ese momento y Jerry se puso pálido cuando Stuart entró como una tromba y lo tomó por la pechera.

—¡Oye, cálmate! —exclamó, levantando las manos—. Estaba diciéndole a Ivy que estas cosas son mías. Las he pagado yo.

—Y yo le he dicho —intervino ella— que sólo quiero lo que es de mi familia. Pero ya lo tengo todo: tres mantas y un álbum de fotos.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Antes de salir, Stuart volvió a mirar a Jerry con un gesto de advertencia.

—El traficante de drogas, supongo —dijo, cerrando de un portazo.

—El mismo. Se estaba poniendo muy bruto antes de que entrases. Gracias por salvarme.

—Tú lo estabas haciendo bastante bien por lo que he visto.

—Estaba desesperado por encontrar un libro de contabilidad. Se puso histérico cuando no lo encontró.

—¿Lo tienes tú?

—No, yo no he visto ningún libro. Ah, y se ha puesto furioso por lo de las joyas.

—Puede intentar recuperarlas, si quiere. Tengo un buen abogado.

—Le dije que se las devolvería a su propietario.

—Pues entonces supongo que se subiría por las paredes.

—El problema es que no sé cómo encontrar a ese hombre...

—Yo me encargo de todo. Tú sólo tienes que preocuparte del funeral de Rachel. Y

también te ayudaré con eso.

—Eres muy bueno, Stuart.

—No empieces otra vez.

—Ya, pero gracias de todas formas.

—No podía dejar que hicieras esto sola. Cuando llegaron al hotel, Ivy estaba agotada. No había hecho nada, pero tantas emociones...

—Puedes dormir en el dormitorio principal —dijo Stuart—. Yo dormiré en el otro.

—Pero yo no necesito tanto espacio. De verdad, prefiero la habitación pequeña.

Él se encogió de hombros.

—Como quieras, me da igual. ¿Por qué no descansas un rato? Yo tengo llamadas que hacer.

—Oh, no...

—¿Qué?

—Se me ha olvidado guardar un camisón en la bolsa de viaje —suspiró Ivy.

—Yo me encargo de eso. Tú descansa un rato y no le abras la puerta a nadie.

No le dijo por qué. Pero estaba seguro de que algún reportero habría olfateado la historia y no quería que la molestasen.

Cuando salió, Ivy se quitó los zapatos y se dejó caer sobre la cama. No quería quedarse dormida, pero así fue. Aquel día tan largo por fin había acabado con su resistencia.

El aroma a café la despertó. Se había sentado de un salto sobre la cama cuando una risa ronca y masculina rompió el silencio.

—Ésa es mi reacción todas las mañanas —dijo Stuart, delante de ella con una taza en la mano—. Cuidado, está caliente.

Ivy sonrió. Le había puesto leche y azúcar, como a ella le gustaba. Era halagador que recordase ese detalle. Y emocionante. Como lo era su forma de mirarla.

—¿Tienes hambre?

—Podría comer algo, sí.

—He pedido una bandeja de platos fríos. Ven al salón cuando estés lista.

Ivy tardó apenas un minuto en lavarse la cara y hacerse una coleta antes de reunirse con él.

—Me gustaría tomar un filete con patatas, pero es demasiado tarde —suspiró Stuart, señalando la bandeja de sándwiches y pollo frío—. Especialmente para ti.

Tienes que dormir.

—No he dormido bien desde que supe lo de mi hermana —suspiró ella—. Siempre pensé que algún día podría pasar, pero llevaba años tomando drogas y...

—Cualquiera puede tomar demasiadas pastillas por accidente.

—Como el hermano de Hayes Carson. Hayes aún no lo ha superado y hace años que murió.

A Stuart no le gustó nada que mencionase a Hayes y, mientras cenaban, se mostró más taciturno de lo habitual. Quizá hubieran sido rivales por alguna chica, pensó Ivy. O podría no hacerle gracia que a su hermana le gustase el comisario.

—No es mala persona —se aventuró a decir.

—¿He dicho yo que lo fuera?

—No puedes decirle a Merrie con quién tiene que salir, Stuart.

—¿Merrie?

—Carson y ella son amigos, pero eso no significa que vaya a casarse con él.

Stuart no contestó, pero arrugó el ceño mientras tomaba un sorbo de café.

Aunque no entendía ese comportamiento, Ivy decidió no comentar nada más.

Estaba agotada y su angustia no había terminado. Aún tenía que soportar la pesadilla de la incineración de los restos de su hermana. Y algo más. Ahora estaba completamente sola en el mundo. Esa idea le entristecía.

—¿Vas a llamar a ese hombre para devolverle las joyas?

—Mañana. Pero siento curiosidad por el libro que estaba buscando el novio de Rachel.

—Yo también. Estaba tan desesperado por encontrarlo que debe de tener algo que ver con sus clientes.

Stuart no dijo nada en un rato. Parecía pensativo y preocupado.

—He oído que Rachel compraba drogas cuando vivía en Jacobsville. En ese libro podría haber pruebas y no sólo contra su novio. ¿No tienes idea de dónde puede estar?

—No, mi hermana nunca me habló de ningún libro —suspiró Ivy, pasándose una mano por la cara—. Me gustaría sentir algo pero... Rachel y yo nunca fuimos hermanas de verdad. Pensaba que con los años nos acercaríamos un poco, pero...

—A Rachel le gustaba vivir a lo grande —dijo Stuart—. Y le daba igual lo que tuviera que hacer para conseguirlo. En la época del instituto intentó... coquetear conmigo y yo le dejé claro que no estaba interesado. Pero era vengativa y Merrie y tú erais muy amigas.

Eso explicaba que se hubiera vuelto contra ella; Rachel pensó que su amistad con Merrie la acercaba a Stuart. Quizá incluso hubiera intuido lo que sentía por él.

—Por eso te contó que salía con unos y con otros.

—Sí, eso es. Siento decir que lo creí durante un tiempo, pero Merrie te conocía bien y siempre te defendió.

—Merrie siempre ha sido para mí una hermana, mucho más que Rachel.

Stuart se levantó.

—Venga, vete a la cama. Tienes que descansar —dijo, ofreciéndole una bolsa de Macy's—. Que duermas bien.

—Te devolveré el dinero.

—No seas pesada con eso, anda. Buenas noches.

—Buenas noches, Stuart —Ivy vaciló en la puerta de su habitación—. Y gracias por todo.

—Tú harías lo mismo por mí si algún día necesitase ayuda.

—Desde luego.

Ivy entró en su habitación y cerró la puerta. Pero cuando abrió la bolsa de Macy's se quedó sorprendida. Le había comprado un camisón de seda y un *peignoir* de color amarillo limón, parecido al que Merrie le había prestado aquella noche, dos años atrás. El *peignoir* era de manga larga, acampanada, tan elegante... Ella nunca podría comprarse algo así. No sabía lo que le había costado, pero tenía que devolverle el dinero. No podía dejar que Stuart le regalase algo tan íntimo.

Después de ponerse el camisón, se cepilló el pelo

cuidadosamente hasta que quedó como un halo alrededor de su cara. Cuando se miró al espejo, se sorprendió al ver una imagen tan sensual. Qué risa. Lo que ella sabía sobre los hombres podría caber en un sobre.

Le habría gustado tener algo que leer, pero con las prisas había olvidado meter un libro en la bolsa de viaje. No tenía sueño y no podía dejar de recordar el rostro de su hermana en el depósito de cadáveres. Pero no quería pensar en ello, era demasiado horrible.

Recordó en cambio un verano, cuando tenía dieciocho años. Stuart estaba en el rancho moviendo el ganado con sus hombres. Ivy lo observaba; se mantenía erguido sobre la silla, galopando como el viento, tan alto, tan masculino...

Cuando entró en la casa a la hora de comer no podía apartar los ojos de él. Era como un actor de cine.

—Mírame así y te vas a meter en un lío —le había advertido Stuart.

—Perdona —se había disculpado ella, colorada hasta la raíz del pelo—. Es que me gusta verte montar a caballo. Nunca había visto a nadie tan cómodo sobre una silla.

—Me dediqué al rodeo durante unos años.

—Ah, claro, ahora entiendo que te resulte tan fácil.

Stuart había alargado una mano para tocar su pelo. No sonreía y algún extraño magnetismo los había unido en ese momento, tanto que Ivy apenas había podido respirar. Incluso ahora, tres años después, podía sentir esa mirada. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que empezaba a sentir por él.

Después de eso, Stuart había evitado que coincidieran. Hasta esa noche, dos años atrás, cuando se quedó a dormir en su casa y se puso el camisón de color amarillo...

Del salón llegaba música. Seguramente Stuart habría puesto la radio. Era una música lenta, suave. Mientras la escuchaba, Ivy empezó a quedarse dormida...

Era una niña de nuevo, corriendo por el campo alrededor de su casa. Llevaba unos vaqueros y una vieja camiseta blanca y, como siempre, estaba buscando piedras bonitas.

Tras ella, Rachel bailaba con un vestido blanco y zapatos de tacón. Ivy se volvió para llamarla, advirtiéndole sobre los hoyos y los barrancos que había por allí, escondidos bajo la hierba. Su

hermana hizo una mueca y replicó que sabía lo que estaba haciendo, pero justo en ese momento tropezó y cayó al suelo…

Ivy corrió hacia ella. Rachel estaba sujeta a un pequeño arbusto al borde de un precipicio, gritando.

—¡Si me caigo le diré a todo el mundo que me empujaste tú!

—¡Yo te salvaré! —gritó Ivy—, ¡Agárrate a mi mano!

—Tienes las manos sucias. ¡Sucias, sucias, sucias! Tú eres sucia, no eres mi hermana. ¡Te odio! ¡Vete de aquí!

—Rachel, por favor…

Pero su hermana apartó la mano y se echó hacia atrás, lanzándose deliberadamente al vacío.

—Tú me has matado, Ivy. ¡Tú me has matado!

Luego oyó un grito aterrador. Un grito que no terminaba nunca…

Capítulo 9

—¡Ivy, Ivy, despierta!

Unas manos fuertes estaban agarrándola por las muñecas. La estaban levantando.

Rachel había caído al precipicio, pero aquella voz decidida no la dejaría caer. Ivy respiró profundamente y, poco a poco, abrió los ojos.

—Despierta, cariño —oyó la voz de Stuart—. Estabas teniendo una pesadilla.

—Rachel no quería dejar que la ayudase. Se cayó a un precipicio... y yo no pude hacer nada.

—Sólo ha sido un sueño, Ivy. No va a pasar nada —Stuart miró hacia abajo y apretó los labios—. Bueno, eso creo.

Ella ya estaba totalmente despierta y se dio cuenta de cómo la miraba... el camisón se había deslizado y uno de sus pechos estaba al descubierto. Stuart, pálido, tenía los labios apretados, como haciendo un esfuerzo para controlarse.

—No deberías mirarme... así... —tartamudeó Ivy.

—No puedo evitarlo. Tienes los pechos más preciosos que he visto nunca.

Ella no podría haber dicho una palabra más aunque le fuese la vida en ello. Stuart soltó sus manos y bajó la otra tira del camisón, dejando que se deslizara como una caricia hasta su cintura.

Él llevaba sólo el pantalón del pijama y su ancho torso cubierto de vello casi rozaba los pechos de Ivy.

—Si no recuerdo mal, es aquí donde lo dejamos hace dos años. Incluso he encontrado un camisón del mismo color.

Así era, pero ella no podía contestarle. No podía respirar y temblaba de los pies a la cabeza.

—Qué demonios —murmuró Stuart—. Si no lo hago me volveré loco...

Buscó sus labios con una presión insistente y desesperada. Sus brazos parecían tragársela, apretándola contra su torso, aplastando sus pechos desnudos.

Ivy dejó escapar un gemido.

—¿Te he hecho daño?

—No, no... es que no sabía... que sería así.

—¿No? —sonrió él, buscando sus labios de nuevo, obligándola a abrir los suyos—.

No es difícil, es tan natural como respirar...

Mientras hablaba, la empujó suavemente y se tumbó a su lado, con una pierna insinuándose entre las suyas.

Ivy se puso tensa, deseando más y temiéndolo al mismo tiempo. Pero Stuart, que no parecía tener prisa, se inclinó para besar sus párpados, su cuello. Ivy sintió que sus pechos se hinchaban, apretados contra el torso masculino. Deseaba algo que no podía entender.

—¿Ivy?

—¿Sí?

—Cierra los ojos y hazlo por Inglaterra —bromeó Stuart. Ella soltó una risita—. O, en tu caso, cierra los ojos y piensa en Texas —dijo entonces, acariciando con el dedo uno de sus pezones.

Aquel placer físico era totalmente nuevo para ella y las sensaciones la dejaban abrumada. Sus reacciones eran inesperadas, incluso para ella misma.

—No has hecho esto antes —dijo Stuart.

—No... yo...

—¿Que quieres, Ivy? Dímelo.

—No puedo.

—Dímelo. Puedes tener todo lo que quieras.

—No sé qué decirte...

—Qué cabezota —sonrió él, mirando sus ojos verdes—. No te puedes imaginar cuánto he deseado tocarte. Pero ni siquiera en mis sueños era tan estupendo —

añadió, mirando sus pechos—. Me gusta sentirte temblar así. Pero va a ser como un relámpago cuando te haga lo que quiero hacerte...

Mientras hablaba, inclinó la cabeza para buscar uno de sus pezones con la boca y ella se arqueó para recibir la caricia. El placer era increíble. Stuart la tumbó de espaldas, abriendo sus piernas con una rodilla.

—Sí —suspiro Ivy—. Sí, por favor... por favor, no pares.

Stuart la devoró, poseyó su boca mientras se movía sensualmente sobre ella. Ivy se agarró a sus hombros. Lo deseaba. Lo deseaba tanto que era casi doloroso... pero, de repente, él se levantó.

Se quedó allí, en la cama, desnuda hasta la cintura, temblando, demasiado débil como para taparse. Stuart no dejaba de mirarla con expresión hambrienta.

—No. Hay un sitio y un momento para todo. Y éste no es el sitio ni el momento.

—Pero tú quieres hacerlo —protestó Ivy.

—¡Claro que sí! Me duele como si fuera un adolescente. Pero yo no seduzco a vírgenes. Nunca.

—¿Cómo sabes...?

—No seas tonta, Ivy. Es evidente.

De modo que era transparente para él. Sin embargo, no se sentía avergonzada. Él la estaba mirando de forma descarada y le gustaba que la mirase así.

—Yo también quiero...

—Podríamos hacerlo ahora mismo, pero por la mañana te odiarías a ti misma y me odiarías a mí.

Era la verdad. Ojalá no lo fuera, pero...

—Todo el mundo lo hace. Hicieron una encuesta...

—Las encuestas pueden ser manipuladas —la interrumpió Stuart, sentándose de nuevo sobre la cama para acariciar sus pechos —. La virginidad es sexy. Y yo estoy despierto durante horas pensando en cómo me gustaría quitarte la tuya.

—¡Stuart!

—Dime que nunca has soñado hacerlo conmigo.

—Yo...

—Uno de los dos tiene que ser sensato —dijo él entonces, tumbándose a su lado y apretándola contra su pecho—. Estoy excitado y desesperado. Así que no te muevas mucho, recita la tabla del nueve e intenta dormir.

—¿Vas a quedarte aquí?

—Sí. Y tú no tendrás más pesadillas. Venga, duérmete.

Ivy cerró los ojos. Estaba segura de que no podría pegar ojo teniéndolo tan cerca.

Pero se quedó dormida casi de inmediato y no despertó hasta la mañana siguiente.

Cuando despertó, tenía un terrible dolor en el ojo derecho y las náuseas la obligaban a estar muy quieta. Esa migraña era inesperada, pero a menudo el estrés, combinado con otros factores, podía despertarla.

Stuart entró en la habitación con una taza de café, pero dejó de sonreír al ver su expresión.

—Migraña —murmuró.

Ella asintió con la cabeza y luego hizo un gesto de dolor.

—Espera un momento, vuelvo enseguida.

Cinco minutos después regresó con un médico que, después de hacerle un par de preguntas, le puso una inyección. Ivy cerró los ojos, incapaz siquiera de darle las gracias, tan intenso era el dolor. Y, por fin, se quedó dormida.

La segunda vez que despertó el dolor casi había desaparecido y vio que Stuart estaba sentado en la cama.

—Gracias.

—¿Puedes tomar unos huevos revueltos? —sonrió.

—Sí, creo que sí —Ivy intentó levantarse, pero tuvo que agarrarse a él—. Ha sido la tensión. Siempre tengo migraña cuando me pasa algo grave.

—Lo sé, ven —dijo Stuart, tomándola en brazos para llevarla al salón. Luego la sentó sobre sus rodillas como si fuera una niña y empezó a darle los huevos con un tenedor.

Ivy estaba asombrada por el cambio en su relación y por su inesperada ternura.

No tenían que decirse nada. Y se sentía tan feliz, tan... querida.

Stuart se había puesto en contacto con el sargento Ames para que trasladasen el cadáver de Rachel a la funeraria y, después de la incineración, los restos de su hermana fueron colocados en la urna. El conductor de la limusina los llevó al aeropuerto, donde un avión privado los trasladaría a Texas.

Era como un nuevo principio. Stuart apretó su mano durante

todo el vuelo y no la soltó cuando llegaron a Jacobsville.

Ivy no decía nada. Todo era tan nuevo, tan precioso... Temía que las palabras rompieran el hechizo.

Stuart detuvo el Jaguar frente a la pensión de la señora Brown y la ayudó con la bolsa de viaje, las mantas y la urna que contenía las cenizas de Rachel.

Había anochecido, pero la luz del porche no estaba encendida.

—¿Quieres que entre contigo?

—No hace falta. Gracias por todo —sonrió Ivy.

—De nada. Si vuelves a saber algo del novio de tu hermana, dímelo.

—Lo haré.

—Y si te acuerdas de dónde puede estar ese libro que buscaba, llámame.

—De acuerdo.

Stuart levantó una mano para acariciar su mejilla.

—No hemos hecho nada con las joyas, pero te prometo que me pondré en contacto con el hombre que se las regaló para devolvérselas. Sé que eso es lo que quieres.

—Es lo que debo hacer —dijo Ivy—. Rachel no tenía escrúpulos, pero yo sí.

—Lo sé.

No quería que se fuera. Se había acostumbrado a estar con él durante los últimos días. Esa noche dormiría sola y, si volvía la migraña, tendría que tomar una aspirina y ponerse a rezar, porque Stuart no estaría a su lado.

—No me mires así o no podré marcharme —dijo él—. Yo tampoco quiero irme —

añadió, buscando sus labios.

De repente, un relámpago iluminó el cielo.

—Conduce con cuidado —le advirtió Ivy.

—Ponte una gabardina mañana para ir a trabajar si sigue lloviendo —sonrió Stuart. Había empezado a llover y la lluvia se colaba en el porche—. Venga, entra de una vez —dijo luego, empujándola suavemente hacia la puerta—. Te llamaré mañana.

—Buenas noches —murmuró Ivy.

—Que duermas bien —se despidió él, haciéndole un guiño.

Ivy lo observó mientras subía al coche. Sí, era como si su vida

empezase de nuevo.

La señora Brown se había ido a dormir. Y, aparentemente, Lita también. Ivy llevó todas sus cosas a la habitación y dejó la urna sobre la chimenea. Al día siguiente iría a la funeraria de Jacobsville para que la colocasen al lado de sus padres.

Estuvo despierta mucho tiempo, pensando en su nueva relación con Stuart York.

Esperaba que quisiera un futuro con ella. Lo deseaba con todo su corazón, aunque no se atrevía a soñar.

Al día siguiente recordó que se había guardado el diario de Rachel en un bolsillo de la chaqueta y, antes de irse a trabajar, decidió echarle un vistazo. Pero lo que pensaba que sería un simple anecdotario resultó ser algo completamente diferente.

Había nombres, números de teléfono y otras cifras que parecían más las coordenadas de un mapa que otra cosa.

Lo leyó una y otra vez y luego sacó la carta que Rachel había recibido de un bufete de San Antonio. Era dinamita. La carta se refería a cierto material que su hermana había dejado en una caja de seguridad en Jacobsville para ser abierta si algo inesperado le ocurriese. El abogado le recordaba que no le había enviado la llave.

Ivy se dejó caer sobre la cama. Rachel estaba involucrada en algo ilegal y, evidentemente, chantajeando a alguien. ¿Sería el millonario que le había regalado las joyas? ¿O Jerry? ¿O alguno de sus clientes?

Aquello era demasiado importante como para resolverlo sola, de modo que llamó al comisario y le pidió que fuera a la pensión lo antes posible.

—Gracias por venir tan rápidamente —lo saludó, ofreciéndole el diario sin más preámbulos—. Quiero que veas esto.

—Parecen coordenadas de GPS —murmuró Hayes, pasando un dedo por la línea de cifras.

—Yo también lo había pensado.

—Reconozco un par de nombres. Pertenecen al cartel de drogas que dirigía Cara Rodríguez hasta que fue detenida. Julie Merrill, miembro del cartel Culebra, y Willie Carr, el dueño de la panadería.

—Oh, no.

—Esta información vale su peso en oro, Ivy. Pero la llave que menciona el abogado... esa llave es fundamental. Tu vida podría

estar en peligro si alguien piensa que la tienes. Estamos hablando de millones de dólares en droga.

—Pero yo no sé dónde está esa llave —protestó ella.

—¿No te trajiste nada más del apartamento?

—Nos llevamos un joyero lleno de joyas. Stuart lo dejó en su caja de seguridad en el banco, en Nueva York.

—Quizá la llave esté en el joyero.

—No había ninguna llave.

—¿Había algún broche, algún sitio donde pudiera estar escondida?

—Me parece que no. Pero había anillos y pendientes...

—No quiero asustarte, Ivy, pero ¿no podrías irte a vivir con alguien hasta que encontremos esa llave?

Un día antes habría contestado que en casa de Merrie y Stuart York. Pero Stuart no la había llamado como prometió y Merrie estaba en San Antonio. No podía autoinvitarse.

—No —dijo con tristeza.

—Muy bien —suspiró Hayes—. Quiero saber dónde estás día y noche durante los próximos días. Voy a ponerme en contacto con Alexander Cobb, de narcóticos, y te tendremos vigilada. ¿Puedo llevármelo? —preguntó, señalando el diario.

—Sí, claro.

El comisario pasó el pulgar por la cubierta y, de repente, sacó una navaja del bolsillo y empezó a rajar la tela. Un segundo después sacaba una llave.

—¿Cómo sabías...?

—Pura suerte. Me pareció notar algo bajo el dedo. Tengo que hablar con ese abogado de San Antonio, pero necesito que tú me autorices a abrir la caja de seguridad.

—Antes me gustaría hablar con Blake Kemp —contestó Ivy—. Es el abogado que llevaba las cosas de mi padre y de mi hermana.

—Yo puedo llevarte allí ahora mismo. También me gustaría hablar con él —asintió Hayes.

Unos minutos después, Ivy subía al coche patrulla, con el diario y la carta del abogado de San Antonio en la mano.

El comisario se quedó en la sala de espera mientras ella hablaba con Blake Kemp sobre el testamento de Rachel. El hombre no sabía nada sobre esa caja de seguridad, pero el abogado de San Antonio

parecía tener toda la documentación.

—Tu hermana no se parecía nada a ti —murmuró Blake.

Ivy se mordió los labios.

—Hay una cosa... Rachel le dijo a mi padre que yo no era hija suya. ¿Hay alguna manera de saber...?

—¿Que no eras hija suya? —repitió el abogado, horrorizado—. Por el amor de Dios, tu madre jamás habría engañado a tu padre. Lo adoraba a pesar de... tantas cosas. Además, tu padre habría matado a cualquier hombre que la tocase.

—¿Está seguro? —preguntó Ivy. —Sí, lo estoy. Rachel era una mala persona, siento decirlo. ¿Por qué contaría una mentira como ésa?

—No lo sé. Supongo que para quedarse con la herencia de mi padre.

Blake Kemp se pasó una mano por la cara.

—¿Cuántas vidas destrozó esa mujer?

—Unas cuantas, supongo —murmuró ella.

—Hay algo sobre tu hermana que no sabes —dijo Blake entonces —. No sólo tomaba drogas, Ivy. Las vendía... empezó a hacerlo en el instituto. Tenía contacto directo con los traficantes de la zona y, seguramente, en esa caja de seguridad habrá algún documento con nombres. Eso ayudaría mucho a Cash Grier.

—Eso es lo que opina Hayes. Según él, es posible que esa caja de seguridad sea lo que llevan tanto tiempo buscando.

—Eso espero —sonrió Blake—. Esta comunidad ya ha sufrido mucho. Ah, tengo que hablar con Stuart York sobre las joyas.

—Sí —asintió Ivy, preocupada porque no la había llamado. Tenía el móvil encendido y lo miraba de vez en cuando para comprobar... pero nada.

—Vamos a decirle a Hayes que entre —dijo el abogado entonces, pulsando el intercomunicador para hablar con su secretaria.

Hayes Carson le mostró el diario. Era dinamita de verdad.

—El novio de Rachel sabe que este diario existe y estoy seguro de que es capaz de venir a Jacobsville si sospecha que Ivy lo tiene. Ya sabes, si no hay pruebas, no hay caso.

Los dos hombres miraron a Ivy.

—Puedo comprar una pistola —sugirió ella.

—No, no puedes —replicó Hayes—. Merrie York es tu mejor

amiga, podrías quedarte en su casa. Además, uno de los peones ha sido agente federal.

—Pero Merrie está en San Antonio. Y no creo que Stuart esté en casa…

—Sí está —la interrumpió Hayes—. Lo he visto esta mañana con esa chica de Houston con la que está saliendo.

Ivy sintió que se quedaba sin aire en los pulmones.

«Esa chica de Houston con la que está saliendo». Las palabras se repetían en su cabeza una y otra vez. Stuart le había dado un par de besos y ella había pensado que iban a estar juntos para siempre. Qué ingenua. Probablemente no había vuelto a acordarse de ella. Quizá incluso pensara que ayudarla en Nueva York había sido un mero acto de compasión. Tuvo que cerrar los ojos, tal era su angustia.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Hayes. Habían salido del bufete y estaban de nuevo en el coche patrulla.

Ivy se obligó a sí misma a sonreír.

—Sí, sí.

—Entonces, ¿vamos al rancho de Minette?

—No estoy segura. Sé que es la propietaria del periódico de Jacobsville, pero la verdad es que no la conozco.

—Si no quieres ir a casa de Merrie York… Ivy apartó la mirada.

—No puedo autoinvitarme. Merrie no está y… no he hablado con Stuart.

El comisario la miró, muy serio.

—Muy bien. El rancho de Minette es el único sitio al que puedo llevarte, pero te advierto que el otro día sufrieron un incendio.

—¿Accidental?

—No lo sé. Lleva meses publicando artículos en su periódico sobre el tráfico de drogas en la zona…

—Pero eso os beneficiará, ¿no?

—Es un arma de doble filo —suspiró Hayes—. Hay mucha gente enfadada y Minette podría pagarlo. Le advertimos constantemente, pero tiene un reportero nuevo recién salido de la universidad que quiere ganar un premio Pulitzer…

—¿Y allí estaré segura?

—El rancho está al final del pueblo y, si alguien se acerca, lo veréis de inmediato.

Además, el capataz es un ex federal. Sí, yo creo que allí estarás segura.

Capítulo 10

Minette Raynor tenía veinticuatro años y era la editora y propietaria del *Jacobsville Times,* el periódico del condado de Jacobs. Su madre lo había heredado de su padre y Minette había crecido aprendiendo a usar las planchas, vender anuncios, escribir artículos y colocar tipos en la imprenta. Era una chica alta, delgada, de ojos oscuros y pecas en la nariz. Tenía un pelo rubio precioso que le llegaba casi hasta la cintura.

Más largo que el de Ivy.

Su tía abuela Sarah vivía con ella y la ayudaba a cuidar de su hermanastro, Shane, de once años, y su hermanastra Julie, de cinco. La madre de Minette había muerto cuando ella tenía diez años y su padre había vuelto a casarse con Dawn Jenkies, una bibliotecaria que lo adoraba. Cuando Dawn murió, y poco después su padre, Minette tuvo que criar a los hijos de ambos. Y lo había hecho con todo su cariño.

—Necesito pedirte un favor —dijo Hayes sin más preámbulos cuando llegaron al periódico.

—Yo no le debo ningún favor, comisario —replicó ella.

—Lo sé, pero tengo que dejar a Ivy en algún sitio en el que esté segura. Puede que unos traficantes de droga estén buscándola...

Minette guiñó los ojos, furiosa.

—¿Qué?

—El condado te pagará los gastos. Y sólo serán unos días.

—Pero tengo a los niños...

—Pondré a un alguacil vigilando el rancho, no te preocupes.

—Ah, claro, yo siempre he querido abrir un hotel —dijo Minette, sin disimular su irritación. Pero cuando vio la expresión consternada de Ivy se ablandó—. Lo siento.

Te habrás dado cuenta de que el comisario y yo no nos llevamos bien precisamente.

Pero puedes quedarte. A mi tía Sarah le gusta tener alguien con quien charlar y yo trabajo todo el día. Cuando no me dedico a vender drogas, claro —añadió, mirando al comisario con cara de pocos amigos.

—Corta el rollo, Minette —protestó él.

Ivy se dio cuenta inmediatamente de que había algo entre ellos. Y, aunque pudiese parecer increíble, no era odio.

—Te llevaré a la pensión para que recojas tus cosas —dijo Hayes entonces.

—¿Estás seguro de que esto es necesario?

—La señora Brown no será de gran ayuda si el novio de Rachel viene a buscarte.

Ivy hizo una mueca.

—Muy bien —asintió. Luego se volvió hacia Minette—. Si necesitas ayuda en la cocina...

—Siempre —rió ella—. Mi tía Sarah y yo compartimos tareas, pero ninguna de las dos es muy habilidosa con una sartén. Aunque aún no hemos envenenado a nadie.

—Aún —repitió Hayes.

Minette se levantó, echando chispas por los ojos.

—¡Yo no maté a tu hermano, Hayes Carson! Bobby se mató a sí mismo. Eso es lo que no puedes aceptar, ¿verdad? Necesitas culpar a alguien...

—¡Tú le compraste la droga el día que murió!

—Por enésima vez, yo no he comprado drogas en toda mi vida. Ni me he emborrachado ni he hecho nada de lo que no me sienta orgullosa. ¿Cómo iba a saber dónde encontrar droga en Jacobsville?

Hayes no contestó.

—Da igual —suspiró Minette entonces—. Estoy harta de repetírtelo y sé que no sirve de nada —luego se volvió hacia Ivy—. Puedes quedarte en mi casa. Nos sobran habitaciones.

—Gracias.

Mientras volvían a la pensión, Ivy decidió no preguntarle a Hayes por su pelea con Minette. Todo el mundo sabía que Bobby Carson había muerto de una sobredosis tres años atrás, poco antes de que Rachel se marchase a Nueva York. Pero no entendía por qué

pensaba que ella había tenido algo que ver. Minette Raynor era conocida en el pueblo por su firme actitud contra las drogas.

—Es muy agradable —empezó a decir, cortada.

—En su rancho estarás a salvo. Marsh, el capataz, se encargará de ello. No creo que el novio de Rachel se atreva a venir por aquí, pero hay que tener cuidado.

Aunque sigo pensando que deberías haberte quedado en el rancho de los York.

Ivy no contestó.

Al día siguiente Ivy autorizó a Hayes Carson a abrir la caja de seguridad de su hermana en el banco de Jacobsville, con el jefe de policía Cash Grier y el agente federal Alexander Cobb como testigos.

Había de todo: nombres, direcciones, fechas, cantidades de droga enviadas…

Implicados en el tráfico estaban su novio, un ciudadano de Jacobsville y dos hombres que habían sido concejales del Ayuntamiento.

—Esto es genial —dijo Cash Grier—. Tenemos pruebas suficientes para cortar el suministro de drogas en el sur de Texas.

—Rachel ha compensado sus múltiples errores —señaló Hayes —. Aunque no fuera su intención.

Ivy se preguntó cuál habría sido esa intención, aunque intuía que estaba chantajeando a alguien. Pero, aunque ella no lo supiera nunca, había sido el acto más noble de su vida.

Cuando guardó sus cosas en una maleta y le dijo a la señora Brown y a Lita que iba a alojarse en el rancho de Minette durante unos días, las dos mujeres intentaron convencerla para que se quedara.

—Yo tengo la escopeta de mi abuelo —sugirió la señora Brown.

—Y a mí no me dan miedo los traficantes de droga —dijo Lita.

—Sois muy valientes, pero no quiero poneros en peligro — sonrió Ivy.

Dejó las cenizas de su hermana en la habitación. Cuando todo aquello hubiese terminado se encargaría de organizar el funeral.

Una vez en el rancho, la instalaron en un cuarto al lado del de Minette y, de la mañana a la noche, se convirtió en parte de la familia. La tía Sarah, una mujer diminuta de pelo blanco, era

encantadora. Los niños eran muy divertidos y Minette tenía un gran sentido del humor.

—Me sorprende que Hayes te haya traído aquí —le dijo mientras cenaban—. Ese hombre me odia.

—A lo mejor por eso —sonrió Ivy—. Pero me preocupan los niños.

—Marsh trabajó para el gobierno y no falla un tiro. Que Dios ayude al que quiera colarse en el rancho.

—Pero el novio de mi hermana podría pensar que yo tengo lo que busca...

—No creo que sea tan tonto. Aunque crea que lo tienes, imaginará que se lo has dado a la policía. Y si es una prueba en su contra yo creo que habrá salido corriendo.

—Sí, es posible —sonrió Ivy, un poco más tranquila.

Unos días después, Hayes pasó por el rancho para comprobar si todo estaba bien y le contó que sus informadores no sabían nada sobre la conexión con Nueva York.

Pero el dueño de la panadería estaba bajo custodia. Julie Merrill había desaparecido y nadie, ni siquiera su padre, sabía nada sobre su paradero.

—Hemos llamado a la comisaría de Brooklyn que se encarga de investigar la muerte de tu hermana y nos han dicho que su novio sufrió un accidente ayer. Está en el hospital y no esperan que salga de ésta.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Ivy.

—Parece que se cayó por el hueco de un ascensor —contestó el comisario—. Hay dos testigos, pero están conectados con la Mafia. Dicen que Smith estaba intentando meterse en el terreno de otro traficante.

—Entonces, ¿crees que ya puedo volver a casa?

—Si eso es lo que quieres... no puedo evitarlo. Smith ya no será un problema, evidentemente, pero el resto de los miembros del cartel siguen por ahí. Y no sabemos quiénes son.

—Minette podría publicar un artículo sobre la conexión del cartel con Jacobsville, informando de que el diario de Rachel está ahora en manos de la policía —sugirió Ivy—. Eso los alejaría de mí.

Hayes sonrió.

—Me parece muy buena idea. Hablaré con ella.

—Y yo podré irme a casa por fin. Tengo que encargarme del funeral de Rachel.

—Muy bien. Si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

—Gracias por todo, Hayes.

—De nada. Es mi deber.

Ivy volvió a la pensión, aunque no las tenía todas consigo. No quería que Lita y la señora Brown se llevaran un susto. Por otro lado, tampoco le gustaba poner en peligro a la familia de Minette.

Y Stuart no la había llamado en todos esos días. Se había olvidado de ella cuando más lo necesitaba. Si supiera por qué...

Al día siguiente fue al cementerio, donde la esperaba el director de la funeraria del pueblo. El día era gris, los árboles habían perdido sus hojas y parecía a punto de llover. Todo tenía un aspecto horriblemente triste y desolado a su alrededor.

Había estado despierta toda la noche, preguntándose por qué Stuart habría desaparecido de esa manera. En Nueva York se había portado como si... como si ella le importase de verdad y, de repente, desaparecía de su vida. Era devastador.

El viento soplaba a su alrededor mientras guardaban la urna en el nicho familiar.

Ivy nunca se había sentido tan sola.

Cerró los ojos para rezar una oración por su hermana, deseando que su vida hubiera sido otra, que la hubiese querido un poco...

Y, cuando los abrió, se quedó atónita al ver a Stuart a su lado.

—Siento llegar tarde. No pude enterarme de a qué hora ibas a venir.

—No sabía que fuese a venir nadie.

El director de la funeraria le dio el pésame y se alejó discretamente.

—¿Quieres quedarte un rato más?

—Es una manera tan triste de morir...

Stuart tomó su mano para acompañarla al coche.

—Estarías más segura conduciendo una bicicleta con una sola rueda —comentó él al ver el coche.

—Ya sé que no parece gran cosa, pero me lleva de un lado a otro.

—Te vi con Hayes Carson cuando volvimos a Jacobsville —dijo Stuart de repente

—. Y volví a verte con él un día después.

—Sí, porque él y Cash Grier…

—Lo sé, Ivy. Pero podrías haberme llamado.

—Y tú podrías haberme llamado a mí en lugar de irte de paseo con tu novia.

Stuart sonrió.

—¿Estás celosa?

—¿Y tú?

—Pensé que habías cambiado de opinión.

—Yo pensé lo mismo.

Stuart se inclinó para buscar sus labios, pero cuando Ivy iba a echarle los brazos al cuello, la sujetó.

—En un cementerio, no.

—Pero si has empezado tú…

—Y tú no tienes fuerza de voluntad —bromeó él—. Me encanta. ¿Por qué te fuiste a casa de Minette Raynor?

—¿Cómo lo sabes?

—En este pueblo hay dos mil pares de ojos curiosos. El farmacéutico, el de la tintorería y el del banco lo mencionaron incluso antes de que Cash Grier me lo contase todo. Aunque deberías habérmelo contado tú.

—¿Vas a decirme quién era esa chica con la que te vieron, Stuart?

—Una amiga de la familia. Quería visitar a un tío suyo con el que estoy haciendo negocios y necesitaba que alguien la trajese a Jacobsville. Y eso hice —contestó él, levantando su barbilla con un dedo—. Podría haberle dicho a Chayce que fuese a buscarla, pero te había visto con Hayes y pensé que…

—¿Qué pensaste?

—Te lo puedes imaginar.

Ivy dejó escapar un suspiro. Una semana de angustia para nada.

—En el diario de Rachel había suficiente información como para detener a todos los traficantes de Jacobsville. Quizá de alguna manera se ha redimido a sí misma.

Pero las joyas…

—Ayer fui a Nueva York y estuve con el abogado del propietario —la interrumpió Stuart—. Se quedó helado al saber que querías devolverlas y quiere darte una recompensa.

—No quiero recompensas —dijo Ivy.

—Ya se lo dije —sonrió él—. ¿Y sabes lo que me contestó?

—¿Qué?

—Que eras una entre un millón. Y que yo era un hombre muy afortunado.

—Seguro que tú no pensaste lo mismo.

—No, en ese momento no —admitió Stuart—. Pero aún no me has dicho por qué fuiste a casa de Minette con Hayes. Hayes Carson la odia.

—Según él, era un sitio seguro. Ya sabes que el capataz del rancho fue agente federal o algo así.

—Pero Chayce también ha sido agente federal. ¿Por qué no te alojaste en mi casa?

—Porque tú no me llamaste.

Stuart dejó escapar un suspiro.

—Le pedí a Merrie que viniera a Jacobsville a pasar unos días porque la necesitaba como carabina y casi se muere de risa cuando le dije que la chica eras tú.

—Ya me imagino.

—Te seguiré hasta la pensión —rió él, besando su mano—. Puedes dejar tu coche allí y venir en el mío.

—El novio de Rachel está en el hospital y ya no puede molestarme, pero es posible que otro de los traficantes venga a por mí. Si ven mi coche delante de la pensión...

Lita y la señora Brown podrían llevarse un susto.

—Muy bien. Entonces lo dejaremos delante de la comisaría.

—¿Tú crees que a Hayes no le importará?

—¿Importarle? Al contrario. Hayes sólo vive para la adrenalina que le produce su trabajo. Por eso no se ha casado nunca. Ninguna mujer en su sano juicio se casaría con él.

—Minette y él... a pesar del supuesto odio, yo creo que en el fondo se gustan.

—Sí, algún día va a haber una explosión entre esos dos. Por eso intento desanimar a Merrie.

—Merrie no es tonta.

—No en todos los sentidos. Venga, vamos.

La vida era maravillosa otra vez. Ivy se olvidó de los traficantes, del funeral de Rachel y de todo lo que no fuera Stuart mientras iban

a la comisaría.

—Ya le advertí que debería haberse quedado en tu casa —dijo el comisario.

—Ha habido un malentendido —respondió Stuart, tomando la mano de Ivy para que Hayes lo viera—. Pero ya hemos aclarado las cosas. Chayce, los peones y yo nos encargaremos de que esté a salvo.

—¿Y tu novia?

—Yo no tengo novia, Carson. Pero ella sí tiene un prometido en Houston.

—Ah, ya.

—Gracias por ayudarme, Hayes —intervino Ivy, incómoda—. No me apetecía estar en la pensión con la señora Brown y Lita...

—Muy bien. Si alguien viene a buscarte, puede que sea tan tonto como para acercarse a tu coche. Voy a llamar a Cash para advertirle.

—Si atrapáis a alguien, llámame.

—Lo haré.

—¿Tú crees que me llamará si detiene a alguien?

—Imagino que sí —contestó Stuart, pensativo—. Ivy, descubrí algo más en Nueva York. Algo que seguramente Hayes también sabe, pero no te ha contado.

—¿Qué?

—El amante de tu hermana había contratado a un detective. Alguien la estaba siguiendo antes de que muriese y Rachel, sin saberlo, lo llevó hasta el responsable de una de las mayores distribuciones de droga en el país. El detective me contó que estaba chantajeando a su amante con información que le daba su novio y que había escondido las pruebas...

—¿Ellos la mataron? —exclamó Ivy.

—No lo sé.

—Mi hermana llevaba años tomando drogas. Supongo que sabría la dosis que tenía que utilizar...

—Pero no había señales de violencia en su cuerpo. He hablado con el forense.

—¿Entonces?

—Lo que se inyectó era cien por cien puro. Y usó demasiado, por lo visto.

—¿Tú crees que tuvo ayuda?

—Es posible que su novio le diera esa droga pura en lugar de la que solía ponerse

—contestó él, sin dejar de mirar la carretera.

—Pues si lo que quería era salvarse, me temo que lo ha hecho fatal. Está en el hospital y, si sale de ésta, es posible que desee estar muerto —dijo Ivy.

—A eso se le llama «justicia poética».

—Pobre Rachel...

—Hay otra cosa —dijo Stuart entonces—. Tu hermana estaba en la fiesta en la que murió Bobby Carson. Ella conocía a los traficantes y había puesto sus ojos en Bobby porque su familia tenía dinero. A lo mejor pensó que le estaba haciendo un favor dándole la droga y cuando salió mal culpó a Minette.

—Sí, eso habría sido muy típico de ella. Pero Hayes sigue pensando que lo hizo Minette.

—A saber por qué. Esa chica no ha tomado drogas en su vida.

—Hayes está ciego en todo lo que se refiere a ella.

Stuart sonrió.

—Los hombres suelen estar ciegos cuando tienen miedo de que los atrapen. La libertad se convierte en una religión cuando pasas de los treinta.

—Sí, claro —sonrió Ivy—. Supongo que la mayoría no quiere sentar la cabeza.

—Pero al final lo hacemos todos. Especialmente cuando pensamos que otro hombre se está metiendo en nuestro terreno —le confesó él—. Yo estaba a punto de liarme a puñetazos con Hayes.

—¿En serio?

—¿Seguro que no hay nada entre vosotros?

—Seguro —contestó Ivy, apretando su mano.

Stuart sonrió, feliz.

Merrie estaba esperándolos en los escalones de la mansión cuando llegaron.

—Cuando me llamó mi hermano no me lo podía creer —sonrió, abrazando alegremente a su amiga.

—Yo sigo sin creérmelo —le confesó Ivy, mirando a Stuart de reojo.

—Venga, vamos dentro, la señora Rhodes ha hecho té y galletas.

Por cierto, me he enterado de todo hace poco. No sabía lo de tu hermana, Ivy... Lo siento muchísimo.

—Yo también. Ojalá hubiera hecho las cosas de otra manera.

—Espero que el diario que dejó sirva para detener a todos los traficantes de droga de la zona. Pero no entiendo por qué Hayes te llevó a casa de Minette si la odia.

—Yo no estaría tan seguro —opinó Stuart.

Merrie dejó escapar un suspiro.

—¿Sabes una cosa? Me lo imaginaba. En el instituto yo estaba loca por Hayes, pero no soy tan tonta como para creer que pudiera haber algo entre nosotros. Somos demasiado diferentes. Además... —empezó a decir, poniéndose colorada—. Hay un médico guapísimo en el hospital.

—¿Qué? —exclamó Ivy—. Pero si no me habías contado nada.

—Yo paso —dijo Stuart—. Tengo otras cosas que hacer. No te muevas de aquí, Ivy.

—No lo haré.

—¡Sigo sin creérmelo! —exclamó Merrie en cuanto se quedaron solas—. ¡Mi hermano y tú! Pero si creía que os odiabais...

—Y yo también. Pero estoy enamorada de él desde los dieciocho años.

—Me parece que Stuart siente lo mismo. Y no te puedes imaginar la alegría que me habéis dado...

—¿De verdad crees que tu hermano siente algo por mí?

—Por favor, Ivy... Habría que estar ciego.

—Bueno, ahora que nos hemos quitado a Hayes de en medio, cuéntamelo todo sobre ese médico.

Después de cenar, Merrie se marchó discretamente a su habitación para ver una película mientras Stuart llevaba a Ivy a su estudio y, como si fuera lo más natural del mundo, cerraba la puerta con llave.

Ella estaba nerviosa y encantada a la vez cuando la tomó entre sus brazos para llevarla al sofá.

—Estoy hambriento —murmuró, buscando sus labios.

Ivy le echó los brazos al cuello y le devolvió el beso con todo su corazón.

—Stuart...

—Eres tan suave como la seda —dijo él con voz ronca—. Cálida,

dulce… te deseo tanto, Ivy…

También ella lo deseaba, pero era una chica chapada a la antigua y empezó a ponerse nerviosa a medida que se incrementaba su ardor. Hasta que, por fin, incómoda, se quedó inmóvil.

Stuart se apartó un poco para mirarla a los ojos.

—Te rendirías si te lo pidiera… pero no quieres que pase, ¿verdad?

Ivy tragó saliva.

—Yo… creo que algunas cosas están mal aunque las haga todo el mundo.

Esperó algún comentario sarcástico. Al fin y al cabo, Stuart era un hombre de mundo y ella no era capaz de acostarse con un hombre sin estar casada. Pero no podría vivir sin él.

Le suplicó con los ojos a medida que el silencio se hacía más tenso. Era el momento de la verdad.

Capítulo 11

Y entonces, cuando estaba segura de que lo había perdido, Stuart sonrió. Y no era una sonrisa irónica. Ivy, sin darse cuenta, había enredado los dedos en el vello oscuro de su torso... No recordaba haber desabrochado los botones de su camisa, pero debía de haberlo hecho. Ella misma tenía la blusa y el sujetador prácticamente en la cintura...

—Ya te dije que no me dedicaba a seducir vírgenes.

—Me acuerdo.

—Pero sí me caso con ellas —dijo Stuart entonces.

Ivy abrió mucho los ojos.

—¿Quieres casarte... conmigo?

—Pues claro que sí. Estoy loco por ti desde que tenías dieciocho años. Y me odiaba a mí mismo por ello. Eras tan joven... pero ahora no puedo vivir sin ti.

Ivy se apretó contra él, escondiendo la cara en su cuello.

—Yo tampoco puedo vivir sin ti —le confesó, intentando contener un sollozo—.

¡Te quiero!

Stuart le impidió hablar a partir de entonces, besándola hasta que le dolieron los labios y los dos estaban a punto de sucumbir.

Pero, fuese por accidente o no, alguien llamó a la puerta en ese momento.

—¿Quién quiere helado? —gritó Merrie.

Stuart soltó una carcajada.

—¡Los dos!

—¿Venís al salón?

—Sí, claro. Qué remedio... —un segundo después oyeron que Merrie se alejaba por el pasillo—. Cinco minutos —murmuró, sobre

sus labios—. Vamos a aprovecharlos, cariño.

Y eso hicieron.

Mientras Ivy estaba intentando organizar una boda fastuosa que, en realidad, no deseaba, el jefe de policía Cash Grier y el comisario Hayes Carson fueron a hablar con ella. Stuart estaba con los peones solucionando un problema y Merrie en el pueblo, encargando las invitaciones.

—Parece que el proveedor del novio de Rachel era de Jacobsville —le dijo Cash Grier—. ¿Recuerdas hace un año, cuando detuvimos a un concejal del Ayuntamiento y su hija se dedicó a publicar artículos metiéndose conmigo?

—Sí, claro.

—La hija, Julie Merrill, estaba metida hasta el cuello en el tráfico de drogas. Junto con dos concejales que han desaparecido.

—Julie también había desaparecido, ¿no? —preguntó Ivy.

—Sí, pero Rachel hablaba en su diario de un hotel en San Antonio en el que solía alojarse para quedar con sus contactos. ¿Y a que no sabes quién era el contacto? —

¿Julie?

—Exactamente. Está en la comisaría ahora mismo.

—Entonces, el tráfico de drogas en la zona se ha terminado, ¿no? —sonrió Ivy.

—Me temo que es imposible acabar con él. Cuando cae un traficante aparece otro

—suspiró Hayes—. Pero había una confesión en el diario de Rachel que tú debes conocer. Tu hermana admite que fue ella quien le dio a Bobby la droga que lo mató.

Ivy se llevó una mano al corazón.

—¿Lo confiesa en su diario? ¿Por qué?

—¿Quién sabe? —contestó Cash—. Quizá tuvo una premonición. El caso es que, al final de su vida, intentó de alguna forma expiar todos sus pecados.

—¿Decía algo sobre mí? —preguntó Ivy entonces.

Cash vaciló.

—No —respondió Hayes—. Sólo que imaginaba que todas sus cosas serían para ti en caso de que ella muriese. No es exactamente un testamento, pero sí una declaración de intenciones.

A Ivy se le encogió el corazón. Había esperado algo más.

—No le mientas —dijo Cash entonces—. Decir la verdad siempre es lo mejor, aunque no sea lo más agradable. Rachel le dijo a su novio que tú tendrías toda la información sobre el chantaje en caso de que algo le pasara a ella. La gente mala no cambia nunca, Ivy. Te puso en la línea de fuego deliberadamente.

—No me sorprende —murmuró ella—. Mi hermana me odiaba. Y nunca sabré por qué.

—No pienses en eso —le recomendó Hayes—. Por cierto, he visto a Merrie encargando unas invitaciones de boda...

Ivy puso los ojos en blanco.

—Sí, bueno, está claro que en Jacobsville no se pueden guardar secretos.

—¿No pensabas invitarnos?

—Todo el mundo está invitado. A mí me habría gustado que fuese una ceremonia sencilla, pero Stuart quiere una boda a lo grande.

—A mí me encantan las bodas —dijo Hayes entonces—. Es la única ocasión en la que puedo comer una tarta decente.

—Pero si Barbara hace unos pasteles buenísimos en el café.

—Ya, pero yo siempre voy corriendo.

Ivy lo miró, pensativa.

—¿Los amigos de Jerry vendrán a buscarme cuando sepan lo de la confesión de Rachel?

—No lo creo —contestó Cash—. Jerry ha sobrevivido a la caída de forma milagrosa y se ha convertido en informador de la policía. Han detenido a su proveedor esta mañana con cocaína y pastillas suficientes como para calificarlo como jefe de un cartel. Y eso conlleva cadena perpetua.

—Cuánto me alegro de que todo esto haya acabado —suspiró ella.

—Desde luego —sonrió Hayes.

Ivy se preguntó cómo se habría tomado la noticia de que Minette no tenía nada que ver con la muerte de su hermano. Quizá no quería creerlo. A lo mejor le gustaba odiarla.

Cuando Hayes y Cash se marcharon, unos minutos después, Ivy volvió a su lista de cosas que hacer.

La boda, como era de esperar, fue el evento del año en Jacobsville. La iglesia estaba decorada con flores de pascua blancas

y rojas porque sólo faltaban unas semanas para Navidad. Ivy llevaba un vestido blanco con una larga cola y un velo de encaje antiguo que Stuart había comprado en Neiman Marcus, una de las tiendas más exclusivas de Nueva York. Cuando se miró al espejo no podía creerlo. Jamás habría soñado que Stuart York quisiera casarse con ella y ahora...

Entró en la iglesia sola. Mucha gente del pueblo se había ofrecido a llevarla del brazo, pero Ivy decidió que lo mejor sería entrar sola. Porque era la realidad, su realidad.

Stuart la esperaba en el altar y su expresión la dejó fascinada. Aquel hombre experimentado parecía un chico en su primera cita. El brillo de sus ojos era elocuente.

Ivy, con su ramo de rosas blancas, se colocó a su lado mientras el sacerdote daba comienzo a la ceremonia. Y, por fin, cuando intercambiaron las alianzas, Stuart levantó el velo para mirar a su flamante esposa.

—Está preciosa —le dijo en voz baja, inclinándose para besarla con exquisita ternura—, señora York.

Ella sonrió. Estaba en el séptimo cielo. Era la mujer más feliz de Texas en aquel momento.

Todo el pueblo estaba allí. Las familias más importantes, las menos importantes, amigos y conocidos que habían llenado la iglesia volvieron a reunirse en el rancho, donde tendría lugar el banquete.

—Al menos no nos han puesto latas en el coche —sonrió Ivy.

—Aún no —murmuró Stuart, observando cómo una furiosa Minette fulminaba con la mirada a un taciturno Hayes.

—Hayes no puede seguir creyendo que ella tuvo algo que ver, ¿no?

—No quiere creerlo —dijo su marido—. Toma, preciosa, un trocito de tarta para que el fotógrafo inmortalice el momento.

La cámara estuvo capturando momentos similares hasta que la feliz pareja por fin subió a una limusina blanca y se marchó al aeropuerto.

Jamaica, pensaba Ivy, exhausta entre los brazos de Stuart, era un sitio maravilloso para una luna de miel. Aunque aún no habían visto mucho. En cuanto el botones salió de la suite cayeron en la cama... y aún no habían salido de ella.

Ivy conocía la mecánica del asunto porque había leído novelas románticas y artículos en revistas femeninas. Pero leer era una cosa y, hacerlo, otra muy diferente.

Las sensaciones que Stuart despertaba en ella eran tan poderosas que le daban miedo. Perdía el control de sí misma. Su boca y sus manos despertaban una respuesta que la hacía sonrojarse después. Él la animaba, le tomaba el pelo, la piropeaba mientras le hacía perder la cabeza...

Hubo un segundo de dolor y luego nada más que placer y pasión hasta que se encontró temblando, suplicando que la liberase de aquella tensión... y su marido la liberó. Ivy gritaba mientras su cuerpo se arqueaba para recibir el suyo.

Stuart cayó sobre ella, abrazándola, borracho de deseo y ciego de satisfacción.

Después de unos minutos consiguió levantar la cabeza y mirarla a los ojos.

—Supongo que estarás decepcionada —le dijo—. Ha sido muy rápido, pero la próxima vez iré más despacio, te lo prometo. Y te haré gritar como una gata salvaje...

—¿Decepcionada? —repitió ella.

—¿No lo estás?

—¡Stuart! Pensé que me iba a morir de placer.

Él rió, contento.

—Entonces es que soy mejor de lo que pensaba. Quería ir despacio, pero... he esperado tanto tiempo, cariño... Años y años. Ha sido una larga espera. No deseaba a nadie más que a ti, ninguna mujer me interesaba.

Ivy, encantada con la confesión, enredó las piernas alrededor de su cintura.

—No tengo la menor queja.

—¿No te he hecho daño?

—Un poquito, al principio. Pero se me olvidó enseguida. Estaba demasiado ocupada como para darme cuenta.

Stuart mordió su labio inferior.

—Qué bueno soy.

Ivy le dio un puñetazo en las costillas.

—Muy bueno... creo. Estoy perdiendo la memoria —musitó, enredando los dedos en su pelo—. ¿Podrías hacerlo otra vez... para

recordármelo?

—Cariño... lo haré encantado.

Al día siguiente, de la mano, pasearon por la playa que había frente al hotel y, mientras las olas lamían la arena, Ivy se preguntó si habría alguien más feliz que ella en todo el planeta.

—¿Te he dicho que te quiero?

—Creo que sí —contestó él, acariciando su cara—. Yo podría habértelo dicho en cualquier momento durante estos últimos dos años. Te quiero, Ivy. Siempre te querré.

—¿De verdad?

—De verdad —Stuart se inclinó para besar sus párpados—. ¿Qué le apetece hacer ahora, señora York?

Ella le dijo algo al oído y Stuart arqueó una ceja.

—¿Sabes que eso es precisamente lo que yo estaba pensando?

Ivy, riendo, corrió por la playa y su marido fue tras ella.

Años después aún podía hacerlo sonreír al recordarle esa brillante mañana en la playa de Jamaica, cuando empezaban su vida juntos.

Porque para Ivy había sido la mejor mañana de su vida.

Fin



DIANA PALMER (E.E.U.U., 1946) - Nacida Susan Spaethfue Kyle, es periodista y tiene más de 16 años de experiencia en publicaciones tanto diarias como semanales. En 1979 comenzó a publicar novelas románticas y ahora trabaja para tres editoriales de Nueva York: MIRA, Silhouette Books (historias contemporáneas) y Fawcett Books (narraciones históricas). Ha escrito más de 95 libros que han sido traducidos y publicados por todo el mundo. Entre los galardones que ha recibido destacan siete premios Waldenbooks, cuatro premios B. Dalton, dos Bookrak, todos ellos por sus ventas nacionales, un Lifetime Achievement Award de la revista Romantic Times Magazine, varios premios Affaire de Coeur y dos premios RWA.